



**EL  
INVENCIONERO**

**DENZIL  
ROMERO**

**MONTE AVILA EDITORES**

## **COLECCION CONTINENTES**

DENZIL ROMERO

# EL INVENCIONERO



MONTE AVILA EDITORES, C. A.

*A la Promoción de Abogados de la Universidad Central de Venezuela 1961 ("Fidel Castro Ruz"), en la persona indudable de Mirtila Illas.*

*Las invenciones de los hombres van aumentando. La bondad, la malicia del mundo en general, no sigue siendo la misma.*

ISIDORE DUCASSE  
"Conde de Lautréamont"

en esos parajes

de lo vago

en que toda realidad se disuelve

STEPHANE MALLARMÉ

# PORTICO

*El lector de El Invencionero va a tener la dicha de ver la reconstrucción de paraísos derribados por el tiempo. Las viejas catedrales del mester trovadoresco estaban vueltas amasijos de palabras, músicas y laúdes. Sus vitrales, fracturados. Y ya no se veían en sus espejos las escenas tantas veces alabadas de doncellas que entregaban las dulzuras de sus cuerpos a todos los hambrientos de la tierra, sin que por ello recibieran el menor reproche del Angel del Señor, como ocurre en un vitral moralizante de la Iglesia de Strasburgo. El vino se había vuelto polvo rojo que ni siquiera florecía en las copas cada vez que la primavera sonreía en los almanaques. El dolor de las ruinas y el tiempo se había enseñoreado por campos y posadas.*

*Una mano suplicante era lo que quedaba del viejo tronco de poetas y goliardos. Y esa mano fue la que utilizó Denzil Romero para darle vida a tanto universo de escombros. Con ella amasó el trigo horro de las eras, separó la uva del sarmiento, urdió un tapiz de músculos en torno a los huesos del jamón; y jugó al rompecabezas con los vidrios fragmentados del vitral profano, hasta que pudo construir hombres y mujeres, trajes, instrumentos musicales, sillas, mesas, ollas y vasijas gruesas para cocer y beber. Y le dio vida a todo con el soplo del verbo.*

*Así fueron resucitando los más limpios puñales del burdel y el canto, y las cucas sagradas, olorosas a biblias y salterios.*



# EL INVENCIONERO

*A Adriano González León, cantor de sirventes en las noches de Sabana Grande.*

Una tarde del último verano que pasé en Francia, vagabundeando por los campos de Perigord, cerca de un castillo que se llama Maruelh, entré a un taberna. La indudable construcción románica del edificio, sus paredes de grandes masas de piedra, su techumbre de bóveda de cañón seguido, los arcos de medio punto que se abrían en el interior, sustentados sobre pequeños haces de columnas geminadas, hicieronme sentir ilusorio, a muchos siglos de distancia. Gonfalones y arambeles de colores desvaídos ornaban inánimes los muros. Una anciana chimenea cubría buena parte de la pared de fondo. Junto a ella reposaban los bultos de podaduras de castaños, olivos y naranjos, almacenados a la espera del próximo invierno. Al lado opuesto, una hilera de estantes y repisas sostenían gran cantidad de ollas y cacharros de cobre patinoso y esbeltas piezas de cerámica de Beauvais. Lámparas de peltre alimentadas con aceite de oliva, como en la época de los griegos y los romanos, mohosas tiras de embutidos, ristras de ajo apergaminadas e innumerables vejigas llenas de manteca junto a banderas amarillas, índigas y azules, con enseñas feudales, pendían del techo fatigando la mirada que, pronto supe, se me había vuelto taciturna, a ratos díscola, otra vez tranquila, intermitente, entre la bruma y la vigilia, como la de un soñador. La presencia del tabernero —un viejo barbilimpio de largo cabello cano, bonete de lana colorada, almilla de bayeta verde y ajustados calzones de punto, recostado indolente sobre

uno de los mesones de madera con aire de alguien que se dedica simplemente a pasar el tiempo sin esperar a nadie— contribuyó a confirmar mi sensación. Quizás, para combatir su propia modorra, con súbito azoro, vino hasta mí a darme la bienvenida. Como emergiendo de un sueño antiquísimo, restregándose aún los párpados con vehemencia, me estrechó la mano. Díjome que se sentía muy contento por mi visita y que desde hacía muchos, muchísimos años no recordaba a ningún pasante que se hubiese parado en el lugar. Después fue a la despensa y trajo consigo, de vuelta, media hogaza de pan blanco y una jarra espumante de vino.

Sentados sobre unos pequeños y duros escabeles, nos dimos entonces a conversar. Con voz aguardentosa, milenaria, llena de una nostalgia inquietante —parchados los ojos menuditos por las telas de las cataratas— fue tartajeando una historia que yo, al principio, escuché con desgano; pero que, luego, poco a poco, me fue arrobando como si fuere desde siempre, la historia que yo todos los días, día por día, había esperado escuchar.

Antes, sí que era éste un sitio concurrido, me dijo. Poetas, trovadores y juglares de las más apartadas regiones y de los más diversos estamentos, aquí se daban cita para competir en justas interminables que se prolongaban por noches y noches enteras de frenéticas embeodadas, ante el embeleso compartido de reyes y grandes señores, hijosdalgos de gotera y privilegios, militares, burgueses lombardos, nobles damas empingorotadas y hasta gente de humilde condición: artesanos menores y aprendices, labriegos que por esos días abandonaban sus pegujares, soldados mercenarios dispuestos a gastarse en francachelas hasta la última cruz de sus pagas, mozas campesinas repartidoras de caricias desmañadas y peregrinos de la Tierra Santa que, entonces, regresaban cansinos por rutas crecidas de hierbajos y despedazadas por las invasiones, pero que también detenían su marcha a nuestras puertas para celebrar las dansas y baladas, las cantigas, los sonetos y los desacuerdos, las coplas, los saludos de amor, vidas, *razós* y sirventeses de aquellos

magníficos competidores acostumbrados a hacer del cantar y el trovar los impulsos de todas las gallardías.

Yo recuerdo sobre todo el torneo de los veranos. Mi vida se llenaba por esa época de imágenes y remembranzas inolvidables. El patrono, albricias por siempre le dé Dios en su gloria, comerciante instruido y generoso protector de artistas, se gastaba las mejores libras de su no modesto peculio ordenando los preparativos del festín: barricas y barricones del más fuerte vino de los valles del Ródano y la Provenza, grandes vinos, reservas excepcionales, vinos blancos, espirituosos, levemente burbujeantes, finos y claros como agua de manantial, vinos tintos, maduros, afrutados y de buena graduación, garrafas de mosto de manzana, de mosto de ciruela, los riquísimos entremeses, perdices trufadas de Burdeos, arenques ahumados de Borgoña, erizos del mar Cantábrico, jamones de Paderbon, salchichones de Gotinga, hongos de Alsacia, embutidos de Lorena, grasas sopas dominicas, gollerías deliciosas y el impresionante bodegón de carnes: tordos, liebres, el delicado aunque insípido *assum vitelinum*, el asado de ternera lechal, gacelas, faisanes, lechones, jabalíes y venados enteros, el *foie-gras* y toda aquella variedad de increíbles productos cárnicos, de la volatería y de la caza, que gozosos, almacenábamos para el hartazgo de la concurrencia.

Desde semanas antes comenzaban a concentrarse en el lugar, partícipes y observadores. Llegaban de todas partes: de la Aquitania, de Turena, de Barcelona, de la Lombardía, de más allá del Rubicón. Los grandes señores solían hacerlo montados en altos corceles, seguidos por una cohorte de hombres con armas recubiertas de alardosas sobrevestas y una caterva de heraldos, trompeteros y ayudantes y de sus propios bufones vestidos de colorines y con caperuzas de cascabeles. Los menos ricos lo hacían en carrromatos, en modestos palanquines, sobre borregos o a pie, simplemente, tras grandes caminatas. Alojábanse en las ventas y posadas que, por esos días, abundaban en derredor de la taberna. Y los más, tenían que hacerlo en improvisadas tien-

das y tarantines que, al redropelo, se levantaban fuera de los muros, sobre riscos y valles, a la sombra de los pirué-tanos.

Pero siento que me aparto de lo principal de la historia y no es mi idea fastidiaros con descripciones innecesarias. Decíales que reuníanse aquí los más grandes poetas cultos, trovadores y juglares, amén de la inmensa muchedumbre de mirantes. Y yo, vulgar mesero, lleno de honor y aprecio, cumpliendo feliz el menester de servirles; ¡Oh qué gran delicia!; exaltado por los halagos de tan importantes versificadores, duchos en los dichos y en los hechos; lisonjeado por las miradas de aceptación de sus damas verdaderas y de sus damas fingidas; moviéndome muy orondo, arduo, vaporoso, con mi jofaina repleta de buen vino, entre la música de los pífanos y los laúdes, bandurrias y mandolinas, rebecas y salterios; llenando mis orejas con la retumbancia de estrofas y refranes de las más caras rimas; aprendiéndome, aplicado, todas las reglas del amor cortés y hasta soñándome, no pocas veces, trovador yo mismo, rijoso en el galanteo de alguna moza de noble linaje que me otorgara placer a buena manderecha dentro de cámara nupcial o a campo abierto, entre colchas de follajes.

Brillaron entonces con color de euforia los ojos avejentados del tabernero y parándose, ágil, resuelto, caluroso en el centro del recinto, movido por una atracción irresistible, extendió la diestra, —estentórea la voz, exultados los gestos, como hablándole a una invisible multitud congregada aunque sólo a mí dirigiera su vista—, para gritar a pleno pulmón, ¡aquí están todos de nuevo!, ¡véanlos!; a mi alrededor se mueven, vean al insigne Arnaut Daniel que acumula el aura y caza la liebre con el buey y nada contra la resaca; vean a sus seguidores Giraudó Lo Ros, a Giraut de Calanson, a Godofredo de Bretaña; vean al pedante Salh d' Escole, todo entalcado, con sus ridículos bucles de tirabuzón, llevando costosas galas y altos bonetes; vean al gordo Guacelm Faidit y a su esposa, la soldadera Guillelma Monja, tan grasa como él; vean a Arnaut de Tintinhac, a

Giraut de Salanhac, a la Comtessa de Dia; vean a Hernani de Valeria, cargado en silla de mano por mucamos abisninos, impedido de montar en rocín pero no de componer bellos rondeles y que si dedicábase los antes a mujeres ajenas, tiene ahora la suya propia para cantarle a placer según derecho de amor; vean al de la Mula y al de Mauleón, al Perdigón y al Mataplana, al Marcabré y al Marcapasso, al Ovalles bebiendo en su copa de huesos y al Barroeta; vean a su alteza Ricardo Cor de Lion metiendo baza con el muy noble Jehan Nouel, al Cercamon y al Peire Lizardo, al Alegret y al Chainé d' Or, a Bernart de Martí y al paisano Raimon Colombier, al chinois Valeira Mora, ¡amado sea aquel que amanece de balas!, y a Guilhem de Soucre, disimulado en la máscara de su transparencia; vean a Marcoat, a Rogiert, a Grimoart, a Pons de Capduelh, a Oliviero Tempplier, a Forquet de Marselha, a Berguedá, a Cerverí, a Peirol, a Cigala. Allá llega ahora el duque de Lascañas, charolado repartidor de canonjías, hacedor de luengos favores que no de buenas canciones, con su asistente Michaut Culo de Ganso, ensalzados ambos muy de cerca por la infame partida de bribones pelotilleros y lisonjeadores de oficio. Y las damas, las Talhafer de Angulema y de Besalú, las Tetas de Estopa de Poitiers, las Grisegonelle de Anjou, las Bras de fer y las Fierabras de Flandes, las Tetas Ardidadas de Borgoña, las Plantardent del Condado de Barcelona, la vizcondesa de Chatellerault, la baronesa de Aimeric, la duquesa de Avendoamato; batiendo, coquetas, felices, delicuescentes, las colas de sus rozagantes de tabí; escudadas en sus novelescas señales de caballería con las que se hacen llamar por sus adoradores para no ofender la tolerancia de sus maridos, poderosos señores en su mayoría carentes de la virtud de la largueza; ¡oh, el frágil y fresco murmullo de aquellos nombres!, la *Mejor que Dama*, la *Buena Esperanza del Amor Hermoso*, la *Corona Enjoyelada de Venus*, la *Abejachupamiel*, la *Placerdemivida*, la *Palmadegloria*, la *Púrpuradetirol*, la *Musgoderocio*; todas disfrazadas con rígidas máscaras de albayalde para mejor gozar los

placeres de los dioses venéreos; pasando del devaneo al coloquio y del coloquio al refocilamiento; aceptando aquí un requebro, más allá un discurso florífero, el contacto de una mano atrevida buceando por entre las profundidades del escote, un suave apretón de muslo, el vaso brindante de un fornido muchacho, el mohín gentil de un caballero adusto y, con cierta impunidad y ningún disimulo, hasta un beso arranca agallas en la boca ensalivada, roja, pegajosa. Y las mucamas y mozas de compañía, ¡gozo de amor vuelve a mi corazón!, tentadoras, hermosas, insinuantes e ingenuas, bien comidas y mejor formadas, rebosantes de bustos y caderas, las Clodias, las Cintias, las Hostias, las Cátulas y las Véstulas, las Planias y las Flavias, las Proserpinas, las Teodosias, exhaustas de tanto holgazanear, de tanto corretear, de tanto festejar, de tanto dar calabazas y hacer pucheros de enfermo y, como quien no quiera la cosa, al fin tomadas de sorpresa en rincones, escaleras y portales, con dardos de acero, flechas de oro, saetas de plata de copela, por el asedio lujurioso de los jóvenes tirones de la mesnadas del Señor.

Y llegaban más y más.

Más poetas, más trovadores, más juglares.

Algunos cantaban versos de coblas unísonas. Otros, en el éxtasis de la fatiga amorosa, lo hacían en coblas tornadas. Los había que se dedicaban a cumplir ceremoniosos con los deberes del código cortés, ¡cuánta perfección de palabra y melodía!, ¡cuánto trato afectuoso!, ¡cuánto vasallaje!, y otros que, tímidos y suplicantes o tolerados y gozones, iban directamente al encuentro de la carne, delante de todo el mundo, con sus enhiestos miembros —terminados en inmensos corazones de bueyes— blandiendo entre las piernas, las calzas caídas a ras de tobillo, ¡al coño la discreción y el arte del disimulo!, sin que al final se supiera qué carajo era aquello, ¿una justa de poetas?, ¿una gran competición lírica?, un burdel, una tirazón inaudita, un descomunal cogenalgas, una bacanal ni siquiera presenciada en los tiempos de Heliogábalo, un pantaletaje roto



y un montón de condones usados, al entonamiento de estampidas y pastorelas, entre chanzas colectivas de humor chocarrero, relinchos de caballo, gruñidos de cerdo, barrioteos de elefantes y baladros de endriagos, vestiglos y tarascas para apaliar o exaltar el jadeo del placer, sin que faltaran las escenas de amor sáfico o sodomítico entre dama y moza campesina o caballero y juglar, hasta que despuntaba el alba, *¡ay, el alba!, ¡ay, el alba!*, y tocábase a los actuantes maldecir de la brevedad de la noche.

Jadeante, inflando los carrillos y manoseándose la brageta con intenso frenesí, el tabernero volvió a su puesto. Una lúbrica agitación parecía recorrerlo, se arqueaba, se cimbraba, replegaba el tórax y el abdomen con movimientos rotatorios tan frenéticos como los de un muchacho de catorce años que apenas empezara a descubrir los infiernos de la libido; se estremecía el pelo cano; apretaba las piernas; afincaba la fuerza de sus nalgas sobre el duro escabel como tratando de desmentir lo que entonces estaba sintiendo, pero no se contentaba con esto y volvía a sacudirse más fuertemente, restregándose la lengua contra los labios entreabiertos que murmuraban ternezas exaltadas, fútiles palabrejas; la lengua enrojecida, escamada, reptante, moviéndose voluptuosa como la elástica cabeza verticalizada de una serpiente que respondiera a las órdenes impartidas por la destreza faquímica de un encantador birmano; acariciándose todo, con sus manos propectas, los hombros, las axilas, los brazos, los muslos ceñidos bajo el tejido de punto, la rugosidad de sus rodillas, en una lenta exploración, con moviciones tan suaves, tan lánguidas, tan obstinadas, que yo estaba convencido de que se iba a masturbar sin más preámbulos en mi presencia. Pero no: se fue aletargando en la tranquilidad de un sueño advenedizo y permaneció inmóvil cierto rato.

Después, salmodió de memoria algunas canciones. Lo hizo en correcta lengua occitana, con voz profunda, disjunta, como la resonancia de un tronco hueco. Entre versículo y versículo, tomaba aliento con la inspiración de un mugi-

do. Una, "*La aventura del beso robado*", me resultó conocida: el trovador sorprende a la dama en su lecho y la besa dormida; ella se enfurece y con gran aspaviento hace que su marido lo eche de la corte, y sólo mucho tiempo después, gracias a los ruegos del propio esposo (que en ello no había visto más que un divertido incidente), el trovador es perdonado y admitido de nuevo en el castillo; más, acordándose del beso que robó, deseaba que le fuera devuelto y por doquier seguía a la ofendida dama con sus ruegos y lamentaciones. Otra, más enrevesada, "*De chantar m' era laisatz per ira a per dolor*", creí entender que contaba la historia de un juglar vagabundo que amaba a una dama llamada la Loba de Puegnautier por la que, en fanfarronada al parecer muy del gusto de la época, se disfrazó de lobo y se hizo perseguir por los pastores con sus mastines y sus lebreles, a todo lo largo de la montaña nombrada Cabaret, hasta que alcanzáronlo y diéronle formidable paliza, de tal modo que, descubriendo luego su humanidad, lleváronlo por muerto a la residencia de la dama, quien, al reconocerlo comenzó a dar muestras de alegría por la simpática locura que había cometido en prueba de amor, acogiéndolo con insospechado beneplácito, igual que su marido, un señor gentil y benigno de muy finas maneras, que lo hizo tomar y poner en lugar escondido, lo mejor que pudo y supo, y envió por el médico y lo hizo medicar hasta que estuvo del todo curado y, cuando estuvo curado, dióle armas y vestidos y lo elegantizó mucho, dejándolo a vivir para siempre con ellos.

Pasé horas deliciosas oyendo las canciones del tabernero. Los temas populares tan finamente escritos por los antiguos poetas y ahora traspuestos en mis oídos por la amable insistencia de aquel improvisado trovador, regocijaron mi espíritu con una felicidad indecible, mezcla de evocaciones presentidas y vivencias inefables de una existencia eterna. A medida que el anciano, con su voz entrecortada de silencio, iba hilvanando sus cadencias, me parecía que de todos los rincones de la taberna, de sus espesos muros

de piedra, de sus pilares y contrafuertes, de su techumbre, de sus arcos y cimborios, de más allá, de los campos, yer-  
mos y vergeles, landas y dehesas, llanuras y bosques, del  
camino y de la alcantarillada, del cercano castillo de Ma-  
ruelh, de sus fosos y torres almenadas, de sus puentes fijos  
o levadizos, de su elevada mazmorra, de su coto de caza,  
de sus graneros y establos, de sus bodegas, de sus aljibes,  
de sus trapiches, entre las vagas languideces de los pinos  
y los madroños, desprendíanse los acordes polifónicos de  
varios instrumentos, a veces solos, a veces orquestados, des-  
de el compás sobrio e intermitente de la vihuela, o la fuer-  
za juvenil de la trompeta, casi rayando en la temeridad,  
hasta la tierna meditación de los violoncelos y los clave-  
cines o el aire juguetón de las zampoñas de los pastores,  
en un *concerto grosso* donde la rivalidad de los solistas y  
los concertinos y la propia orquesta adquiría la prestancia  
majestuosa de una obra de Corelli, de una obra de Vivaldi,  
de una obra de Händel, de una obra de Bach.

Y de la misma manera como la música iba adueñándose  
del aire vespéral, matizándolo con tintas ligeras de bri-  
llantes sonoridades, el tabernero recobraba, con agresión  
progresiva, sus apagados bríos. Presto, se levantó de nuevo,  
agitando con elegancia de primer actor sus escuálidos bra-  
zos, mientras desde el fondo corrían con vivacidad los bor-  
doneos de las cuerdas dobles de la vihuela para acompañar  
los primeros versos de la "*Kalenda Maia*", (la más famosa  
de las estampidas provenzales, de Rimbaut de Vaqueiras),  
y nuestro amigo tosía baritonalmente, sobre el dorso em-  
puñado de la mano, antes de comenzar.

*Kalenda maia*  
*ni fueills de faia*  
*ni chans d' auzell*                      *ni flors de glaia*  
*non es qu m plaia,*  
*pros dona gaia,*

<i>tro q' un isnell</i>	<i>messagier aia</i>
<i>del vostre bell</i>	<i>cors, qi m retraia</i>
<i>plazer novell</i>	<i>q' amors m' atraia</i>
<i>e jaia, e m traia</i>	<i>vas vos,</i>
	<i>donna veraia,</i>
<i>e chaia</i>	<i>de plaia l gelos,</i>
	<i>anz qe m n' estraia<sup>1</sup></i>

Después, se lanzó con la muy difícil métrica de Peire Raimon de Tolosa (Petrus Raimundus, el viejo y grueso, huésped permanente de la taberna durante muchos años, después que murió su protector Guilhem de Montpellier; aún se conservaba la silla episcopal románica, de asiento doble, en piedra policromada, con refuerzos de hierro, detalles mozárabes, tallas planas cubiertas de tejadillo, celosías y arcos de herradura, donde aseguróme que el poeta solía sentarse, desde el crepúsculo de la tarde hasta la aurora siguiente, enjugándose con una olímpica sábana de catorceno el sudor de su vasta corpulencia).

*Atressi cum la candela  
que si meteissa destrui  
per far clartat ad autrui,  
chant on plus trac greu martire  
per plazer d l' outra gen. . .<sup>2</sup>*

Otras canciones sucedieron a las primeras y cada vez fueron haciéndose más tiernas y amorosas: “*Cuando el aura dulce se amarga*”, “*Estoy en cuita y desmayo*”, “*Quisie-*

1. Ni la calenda de mayo ni la hoja del haya ni el canto del pájaro ni la flor del gladiolo, pueden agradarme, noble dama alegre, hasta que me llegue un veloz mensajero de vuestra hermosa persona que me cuente el nuevo placer para que el amor me atraiga (hacia vos), y nazca (con vos) y me dirija hacia vos, dama veraz, y caiga el celoso herido antes de que yo renuncie a ello.
2. Así como la candela, que se destruye a sí misma para dar claridad a los otros, yo canto cuanto más grave es mi sufrimiento para dar placer a los demás.

*ra ver a Ezegalda, porque tengo deseos de morir”, “Júrame que aunque pase mucho tiempo”, “Ruiseñor, vete de mi parte” y la graciosa composición en la que Raimbaut d’ Aurenga despotrica del amor de las mujeres:*

*Assatz sai d’ amor ben parlar  
ad ops dels autres amadors;*<sup>3</sup>

y una serie de jactancias o fanfarronerías, como, por ejemplo, aquella en la que el trovador finge haber sufrido la mutilación de Abelardo:

*D’ aisso vos fatz ben totz certz:  
qu’ aicels don hom es plus gais  
ai perduz, don ai vergoigna;*<sup>4</sup>

o esta *cansó de cruzada*, dirigida por Peirol al emperador Federico II:

*Emperador, Damiata aten,  
e nueg e jorn plora la blanca tors  
per vostr’ aigla, qu’ en gitet us voutors.  
Volpilla es aigla que voutors pren!*<sup>5</sup>

o la única pieza importante que se atribuye a Huguet de Mataplana, que comienza:

*D’ un sirventes m’ es pres talens,*<sup>6</sup>

y, naturalmente, la célebre canción para la condesa de Trípoli compuesta por Jaufré Rudel, el sublime, príncipe

3. Yo sé hablar bastante bien de amor en provecho de los otros enamorados.
4. Os aseguro totalmente esto: que he perdido aquello por lo que el hombre está más contento, y ello me causa vergüenza.
5. Emperador, Damiata os espera/ y noche y día llora la blanca torre/ porque vuestra águila ha sido ahuyentada por un buitres/ ¡Cobarde es el águila a la que un buitres prende!/  
6. Me ha venido gana de (componer) un sirventés.

de Blaya, (tan admirado después por Uhland y Heine y Rostand y Carducci):

*Ja mais d' amor no m gauzirai  
si no m gau d' est' amor de loing,*<sup>7</sup>

En algún momento el tabernero dejó de cantar. Llevado por la necesidad de prolongar al máximo la conversación que mantenía conmigo, —según su decir, el único interlocutor que había tenido en muchos, muchísimos años— me rogó con cierta sonrisa que revelaba quizás menos súplica que íntima satisfacción, (la satisfacción del conversador que sabe captar el embelesamiento que su conversación causa en el otro), me rogó, dije, que no me despidiera aún. Estimo que pude haberlo saciado con tantas recitaciones, leyes de amor y estrofosismos de cortesía, agregó, pero pensé de pronto al verlo entrar y detenerse con tanta delectación ante la vista de anticuados gonfalones, muebles y tapices, que era usted un resucitado de otras épocas, o mejor, quizás, el espíritu reencarnado de uno de aquellos caballeros, juglares y poetas, que conmigo compartían. Algo debo haber dicho para tranquilizar al noble tabernero. Que yo recuerde, siempre me habían atraído las canciones provenzales y era Provenza la comarca donde había pasado las horas más felices de mi vida: en Marsella, digamos, paseando con Silvina, mi novia peruana estudiante de Literatura Medioeval, (agitanada, con su veraniego traje de retales, su faraónico pañuelo de brillantes colores en la cabeza y sus abalorios y sus collares baratos pero muy vistosos), a lo largo de la avenida Canabiere, deteniéndonos ardidos a la vuelta de cada esquina para besarnos con pasión; en los arenosos bajíos del cabo Croisette, más allá de las últimas prolongaciones de los barrios residenciales, mirando la puesta del sol, el nacimiento de la luna; y en Cannes, y en Antibes, y en Niza, donde una noche hicimos el amor en plena calle, al pie de un gigantesco anuncio

---

7. Nunca más gozaré de amor si no gozo este amor de lejos.

de Coca-Cola; ella, Silvina, recitando con voz casi imperceptible herméticos versos pictavinos cada vez que se encontraba en trance de orgasmo. Por eso, quizás, me sentía feliz de estar aquella tarde frente a un trovador en persona, o por lo menos, frente a un amigo de todos los grandes trovadores que fueron.

Cuando regresó de la despensa trayendo consigo más vino, (una jofaina el doble de grande que la anterior), mi amigo, con prisa de impaciente, retomó la palabra. Creo que me falta contarle lo más importante, dijo, contarle un poco sobre Ebles Aldrovandus de Chabaneau, el más grande de los trovadores habituales de esta taberna, vale decir, el más grande trovador del mundo, a quien, con toda razón sus contemporáneos llamábamos "*El divino invencio-nero*". Por el prepucio de Nuestro Señor resucitado, puedo jurarle que no hubo quien lo igualara jamás en sapiencia y galanura. Entrelazaba las palabras y afinaba su melodía del mismo modo que las lenguas se entrelazan en el beso o las redes de serpientes en los capiteles y las dovelas del claustro. Hombre sabio y de muchas letras, caballero de armas y hermoso en la persona, brilló con luz propia en la corte del buen rey don Alfonso de Castilla y en la del buen rey don Alfonso de Aragón. Su voz sonaba con claridad de cristal y era más dulce que el arrullo de paloma. Nunca dijo mal de la mujer ni del amor. Nunca se envaneció de sus méritos. Según la opinión de los más entendidos, el patrono entre ellos (porque, a decir verdad, en eso de apreciar la poesía mi patrono era más competente que en potajes y vinos), nadie podía alcanzarle por mayor esfuerzo que hiciera en la audacia de las metáforas, en la perfección de la métrica, en la claridad de los conceptos, en la sinceridad de los sentimientos y en esa elegante, deliberada, prescindencia de los tópicos para usar sus propios e inolvidables recursos, dándole a cada palabra un valor expresivo hasta entonces desconocido y a cada situación una impresión tal de autenticidad que sus contendores no podían menos que quedarse boquiabiertos, con las caras

más negras que un cielo de tormenta por la rabia que les comía, presas de una envidia que a la larga tenían que tragarse, convencidos como estaban de que él, El Invisionero, era algo distinto, elevado, angélico, definitivamente celestial.

Y es que cuando este gran poeta comenzaba a improvisar sus versos, las imágenes adquirían corporeidad física y una primordial sensación de belleza, flagrante, real, presente, se adueñaba de los circunstantes, una belleza que se le metía a uno por los sentidos y le inundaba el entendimiento y le acariciaba el cuerpo todo como un aura suave y bienhechora, como una tibia emanación. Si le cantaba a la primavera, aún cuando fuera en invierno, la escarcha corría en torrentes, florecía de nuevo el blancoespino y un sol incipiente se afrentaba en lucha contra las grisallas de lluvia para dispensar esa claridad saludable, aunque todavía indecisa, de la entrada de abril. Y a medida que los versos iban levantándose por encima de los resoplidos del mistral, aparecían ante nuestra vista estupefacta: los descongelados cinturones de las retamas y las moreras, las flores tubulosas de las primulas y las campánulas, la dorada carga de los mandarinos, los brotes tiernos de las rosaledas de Maruelh, la tupida ramazón de los bosques aledaños al castillo, entreverados de robles, abetos, nogales y avellanos; la vegetación toda, viva, animosa, resurgiendo, liberada de los copos de nieve, en un sinfín de verdes, —cenizas, cadmios, cinabrios, turquesas, esmeraldas, óxidos de cromo—, que resplandecían, o se opacaban, contra el ocre pardo oscuro de las tierras de sembradura. Centenares de pajarillos, alondras y ruiseñores, grajos y pinzones, cada uno con su pareja, desplegaban sus trinos por setos y vergeles. Y se veía de nuevo el ganado paciendo en las dehesas, los picocarpinteros punzando las cortezas de los árboles, las arañas renovando sus telas, los arroyuelos corriendo profusos y el hervor de morenas mariposas respunteadas volando entre las flores, en un ambiente bucólico como decorado de comedia pastoril, cuando empezaba a exten-



dérsele a uno por todo el cuerpo, a partir del bajo vientre, por entre las bragaduras, un calorcito suave que se regaba en la piel, nos penetraba como un unto y terminaba anidándose en las oquedades más íntimas.

Si por el contrario, nuestro trovero le cantaba a la guerra: el fragor de la batalla irrumpía en nuestro derredor. Se apagaba la luz de las lámparas de aceite y estremecíanse las tinieblas de sustos y atronamientos. A corta distancia se oían los aproches de las tropas contendoras, el arrollar y pisotear de los cascos de caballos. Una inmensa catapulta de diez brazos disparaba bolaños de granito, dardos incendiarios y herbolados, faláricas y cuadriellos contra los muros del burgo. Los trenos y gimoteos de los heridos, dolorosamente expresados, se aprovechían, atemorizantes, horribles, crecientes, por los riscos y frondas de aquel campo de Marte. Y eran bramuras de brigolas, zumbidos de bodoques y virotones, tiros de ballestas, tintineos de garranchas y estoques y broqueles, obscenas expresiones de ira o de dolor, broncos lanzazos de alabardas y espontones, los que cubrían la tierra por doquier. De todas partes surgían bufidos y relinchos de corceles espantados, gritos de avanzada o de repliegue, fabudas que hincaban nuestras cabezas; ruidos horrisonos que crepitan, rugían, restallaban, se desgranaban, chapaleaban en el fondo de marismas imaginarias, chirriaban como ogros tras las puertas y ventanas, provocando en cada uno de nosotros un miedo febricitante, una nerviosa expectación de angustia que sólo alcanzaba su apaciguamiento cuando Ebles Aldrovandus, para devolvernos la tranquilidad y recordarnos el carácter ilusorio de sus invenciones, hacían estallar el fuego griego sobre la propia bóveda celeste, en un funambulesco espectáculo de luminotecnia que convertía las nubes en gigantescos brulotes combustibles, en trirremos de fuego cuyas jarcias y velas y cubiertas eran consumidas por grandes llamaradas de granatina y humaredas incandescentes de azufre puro, resina pérsica, brea, petróleo, aceite y sal cocida.

Pero todos esos mesteres eran flores de cantueso.

En una justa memorable, Raimon de Miraval estrenó "*Si el cantar fuera apreciado con justicia*", magnífica defensa contra los que no aceptaban el poder de la poesía y murmuraban sobre la profesión de trovador; el Monje de Montaudon hizo lo propio con su "*Galería caricaturesca de trovadores a imitación de Piere de Alvernha*" que arrancó risas y aplausos hasta la cremación de las palmas a los oyentes y Bertran de Born improvisó su famosísima "*Cuando reflexiono y considero lo que soy*" para despedirse de la vida mundana antes de entrar a la orden del Císter. El jurado estaba realmente conmovido con la calidad de las interpretaciones. Indecisos, no sabían a quién de los tres autores otorgar el Gran Premio. La multitud congregada se fue dividiendo en grupos de acuerdo con sus preferencias. Banderolas y carteles de pergamino con letreros iluminados subían y bajaban por encima de las cabezas: "*Queremos al Monje de Montaudon*", "*Viva Bertran*", "*Viva Miraval*". El muy ilustre duque de Lascañas y su asistente Culo de Ganso maniobraban, sin empacho, frente a los jueces en favor de Bertran. Se movilizaban con diligencia, le adulaban al patrono, palmoteaban al vizconde de Gerona, incensaban al obispo de Clarmont, le reían la gracia más allá al ostentoso Señor de las Ampurias o trataban de sobornar, dinero en mano, al infame y venal Pistoleta. Aplausos, chiflidos, aullidos, protestas. Los manifestantes, cada vez más exaltados, pegaban lecos, levantaban puños, se abalanzaban sobre la tarima del jurado para hacer valer sus simpatías. De pronto, hubo un silencio de boca pegada en medio del estrépito de la turbamulta. Frente a la tribuna hizo su aparición el Divino Invencionero que, no recuerdo por qué causa, había retardado su llegada a la justa. Al instante quedamos maravillados. Los apartidados hicieron mutis. Bajaron los letreros. Se recogieron las banderolas. Y la voz del genial artista subió hasta el cielo constelado con la fuerza de un ventarrón, uno de esos ventarrones de los desiertos de la Mauritania.

Aquella noche, El Inencionero improvisó por primera vez su "*Summa Animalibus*", largo poema conmutativo inspirado tal vez en Ovidio o en Plinio, en Elanio o en Cicerón; un poema en el que nuestro autor, valiéndose de imágenes de lo más atrevidas y toda una simbología de abstracciones y apersonamientos, metamorfoseó a los presentes en tímidos animalejos y pavorosas bestias. A nadie se le había ocurrido antes dentro de la poesía provenzal semejantes comparaciones animalísticas. Quizás un poco, sí, a Rigaut de Barbezilh que alguna vez habló de solicitar el concurso de otros amadores para levantarse ante los ojos de su dama; así como el elefante, después de caído, que no puede enderezarse sin los gritos de auxilio de sus compañeros de manada. Pues bien, eso hizo el inefable Inencionero. Con sus versos perfectamente contruidos y sus infalibles recursos retóricos, de cada uno de los presentes derivó un animal silvestre, un jumento, un volátil, un reptil; todos con las precisas características que los bestiarios de la época atribuían a sus respectivas naturas. A mí, dada la ley, me convirtió en erizo; quizás por la solicitud y previsión amorosa con que entonces les servía. En mis cerdas trasportaba granos de uva, cual nuevas y lustrosas jofainas de vino. Del poeta Ovalles hizo un águila nictitante que voló sin pestañar hacia el sol de medianoche. De Guacelm Faidit y su esposa Guillelma, dos cetáceos estrambóticos. A una Fierabras la transformó en abubilla y a una Bras de fer, en comadreja. Salh d' Escole fue cambiado por una hiena, hembra y macho al mismo tiempo; Peire Lizardo, por un ave fénix; Cerverí, por un lagarto heliaco. Una de las Tetas Ardidas fue tornada en polla de agua; otra, en cornejilla; otra, en salamandra. Y a la condesa de Chatterault la demudó en una pantera concupiscente, con la piel tachonada de ojos y que, clamante de gemidos, exhalaba tufaradas de aromas bienolientes a través de su voz. Decenas de muchachas campesinas trasmudadas en sirenas, (sirenas-pájaros, sirenas-ápteras, sirenas-peces, algunas con colas serpentinadas y grandes alas de murciélago, otras con

extremidades entretejidas de elementos vegetales), echaban al aire sus cantos seductores —bellos y peligrosos a la vez— mientras peinaban coquetas sus cabelleras de redes afrodisíacas, largas y flotantes, ante ficticios espejos. Caballeros y soldados, reducidos a la apariencia de sus cabalgaduras, correteaban de un lado a otro en el alborozo de una lúdica fiesta que parecía nunca terminar y todo volvióse ilusorio, inestable, diferente, en medio de aquel feérico cambiamiento, sin que nadie pudiese asegurar a ciencia cierta cuál era su propia realidad. Aquí y allá aparecieron hormigas del tamaño de un perro, rinocerontes con cuernos de antílopes, peces voladores, pavos reales de colores brillantes, unicornios, vulpejas, serpientes acuáticas, palomas venusinas, centauros y centauras; sin que los mismos miembros del jurado alcanzaran a escaparse de la protéica travesura, cuando, finalmente, convertidos en cinco leones de grandes cuerpos y melenas lisas, por unanimidad, terminaron entregando a su transformante, el trofeo de vencedor. Era una copa alta de alabastro, alfilereteada de ónices y carbunclos; pero, esa noche, Ebles Aldrovandus como que quiso demostrar con creces las excelencias de su taumaturgia y, antes de que el último de nosotros recuperara su condición humana para celebrar con alegría la justeza del veredicto, ya la tenía vuelta una portentosa columna de inextricables pájaros vivos. Nadie osó por ello juzgarlo inverosímil o excesivo.

Y como si no le pareciera que lo contado hasta aquí era ya bastante, el tabernero siguió alegando y sacando de su memoria nuevas y nuevas probanzas para acreditar la prominencia de su personaje. Créame que no se trataba de un vulgar prestidigitador, me dijo. Era un creador, tan inventivo como Dios, enfatizó. Mejor que Dios, se diría. Su imaginación no tenía límites. Tampoco su verbo. Unas cuantas palabras suyas bastaban para reinventar y hacer desaparecer (si así lo hubiese querido) el mundo entero. El mundo entero se levantaba de su cabeza y de su lengua.

Cuando murió Enrique, el Príncipe Joven de Inglaterra, el Padre Rey lo mandó a llamar para que pronunciara el lamento fúnebre. Fue la suya una oración inusitada. En nada parecióse a las otras famosas que ya se conocían en la literatura provenzal: la que hizo Guacelm Faidit por la muerte de Ricardo Corazón de León; la que hizo Cerca-mon por la de Guillermo X de Aquitania; la que hizo Guiraut de Calamon por la del infante don Fernando de Castilla; la que hizo Matieu de Caersí por la de Jaime I El Conquistador; la de Sordel por el trovador Blacatz; la de Aimeric de Belenoi por don Nuño Sánchez, conde de Rosellón; la de Bartolomé Zorzi por Conradino de Sicilia; la del poeta Ovalles por su padre Guatimozín, alias El Globo; y, aquella, bellísima, que compuso Augier de Novella ante el cuerpo insepulto de mi señor Raimon Trencavel de Besiers, en cuyo castillo tuve la honra de servir por años como copero mayor y quien fue muerto, encarcelado en Carcasona, por orden del muy truhán y miserable Simón de Montfort, después de haber arrasado todas sus propiedades. Aún llora mi corazón cuando lamenta su daño. Y es que pienso que todos los días de mi larga existencia no han sido a suficiencia para increpar la desgracia de mi admirado valiente, el noble vizconde de Besiers. Pero no es eso lo que ahora importa. Decíale que la oración de Ebles Aldrovandus por el Príncipe de Inglaterra resultó inusitada. Y sí que lo fue. Se lo digo yo que, entonces, formé parte de su ocasional cortejo. Para sorpresa de los cortesanos de *la pérvida Albión*, no hubo ayes ni jерemías, ni clamores ni responseos. Nada dijo de la ascendencia y parentela del difunto. Nada de las tierras y personas entristecidas por su muerte. Tampoco impetró la salvación de su alma ni manifestó dolor por el suceso. Simplemente, con palabras muy bellas, enumeró sus virtudes, pero cuidándose de no incurrir en el lugar común de considerarlas pericidas, sino, entendiéndolas vivas, actuales, presentes. Habló de su increíble belleza física: de la serena armonía de su rostro; de la suavísima gama cromática de carmines

y rosas que arrebolaban sus mejillas; de su cabellera sedosa, encabritada y loca, turbada y ebria por la fuerza de la brisa. Habló de la vitalidad de su cuerpo plásticamente modelado; de las turgencias de su musculatura de jayán espartano; de la pureza de su sangre, ardiente como la lava; de la prestancia de su juventud, dorada y clara, altiva y combatiente; de la lealtad de su corazón noble; de su gracia para manejar la espada; del ritmo característico y victorioso de sus pasos. Habló de la ebullición de sus pensamientos; del destello que desprendían sus ojos glaucos y del resplandor con que rebrillaba en su frente, el inacabado sueño de los dioses. Habló del mundo turbado por su palabra profunda que enamoraba y persuadía; de su amor por lo bello, de su fe de poeta; del estandarte azul de su casa y del ideal de su ley; del fulgor de las cosas eternas que alumbraba en sus pupilas y de las visiones que, aún postrado sobre aquel catafalco de mármol, libaba ávidamente. Habló del blanco caballo alado y deslumbrante que montaba y de las vastas posteridades que alguna vez tendría. Al oír estas palabras, dichas con el tono grave y del primer día de la Creación, el joven Príncipe alzóse del lecho mortuario, separó con sus manos las lápidas de la tumba, y salió del sarcófago, restregándose los párpados alucinados como si acabara de despertar de un sueño que no era el de la muerte. Impasible miró a los enlutados cortesanos y arrojóse a los pies de El Invencionero en señal de ofrenda y gratitud. Dícese que, después, llegó a sobrepasar los cien años de vida y que gobernó el reino, hasta el final de sus días, con el agradamiento de todos sus súbditos.

Otra vez hubo en que a Ebles Aldrovandus le dio por hacer a capricho su propia dama. El que estuvo en muchas cortes y en todas amó a las mujeres mejores; él que mantúvose caliente cuando más invernaba, en el lecho de la muy noble esposa del señor marqués de Bouvila y que acompañó como favorito a Margarita de Francia en su viaje a la Hungría y que vio sin cota, sólo en gonela, a la

bellísima Beatriz de Monferrato; él que arrobó con sus sextinas a las siete hijas del honorable conde de Bretaña y a todas terminó descubriéndoles y besándoles el hermoso cuerpo y contemplándose los contra la luz de la lámpara y penetrándose los, con su enervado aguijón escarlata, *more ferarum*, a la manera de los animales; él que, además de poeta de la palabra, era un insaciable poeta coitivo, —lo que se dice, un rey del singue y del amancebamiento— y que entretúvose con aragonesas y gasconas, lombardas y genovesinas, troyanas y tirias, matronas castellanas, damiselas de París, valquirias y ninfas, calloncas y ricafembras, durante noches y semanas enteras, en aposentos de palacios o en conventículos recónditos, inventando posturas inconcebibles y lascivas trabazones para deleite y recreo de su goce irrefrenable, al modo de las que el emperador Tiberio imponía a sus espintrias en las noches sicalípticas de su villa de Capri; él, a quien, (me consta por haber sido muchas veces su cubiculario), no le pasaba varona con faldas que no sirviese para sus afanes fornicarios de insigne putaño; él, se propuso, entonces, cohabitar con mujer que no hubiese nacido de madre alguna, y como no estábale dado hacerlo con la Eva de la que hablan las Escrituras, (lo que a no dudar habría logrado, de habérselo propuesto), se dispuso a esculpirla con versos de métricas y géneros y formas diferentes. Todos vimos la hadada hechura. Todos, los contornos humanos que fueron emergiendo de la teúrgica nada, ante la fonación maravillosa de cada palabra. Primero, apareció un corazón latiente que aleteaba su salto en la penumbra de un cuerpo indeciso. Luego, fue precisándose cada uno de los órganos restantes: la cara impoluta los henchidos senos las bien torneadas espaldas los vigorosos miembros las nalgas redondas el piloso monte de venus y la vulva femenil color de rosa deleitosa húmeda y ardiente y los ojos y los párpados y las cejas y la nariz y la frente y los labios carnosos y la lengua frenetizada y los albarizos dientes y los cabellos ondulantes negros como pluma de cuervo inflados fragantes florecientes. Al poco,

le agregó la sonrisa. Ningún trabajo le costó hacerla hablar. Pero he aquí que, al final, habiendo resultado la dama una perfectísima criatura, (encarnación sobrenatural de aquella cosa etérea, sutil e indefinible que llamaron gracia los helenos), Ebles Aldrovandus no quiso dispensarle sus favores de varón, la revistió con clámides y peplos y la colocó, bajo palio, sobre una peana de madera dorada, para que los presentes le cantáramos loanzas, por semanas y meses.

Y yo, agregó finalmente el tabernero, yo que he esperado tantos siglos para contarle a usted de viva voz estas historias; no sé, ahora, si soy yo mismo o una mera invención de Ebles Aldrovandus de Chabaneau, "El Divino Invencionario". Dicho esto cayó en un sopor y, poco a poco, comenzó a desvanecerse. Antes de que su imagen se esfumara de un todo, salí a la calle. Era noche cerrada, pero un viento como de amanecer me irisó entonces todo el cuerpo. . .

1978



# EL MISTERIO DE ELEUSIS

*A Eduardo Liendo y a Luis Southerland.*

*En el cielo aprender es ver,  
en la tierra es acordarse.*

Al cabo de unas cuantas horas de vuelo llegó a Atenas, desde Budapest. Mientras cumplía los trámites de inmigración, pensó en lo feliz que se sentía por su arribo a Grecia. Este país, "*centro del mundo de la armonía, así como de todo el Universo*", era para él (a los efectos de este relato, poco importa su nombre), la meta de todas sus esperanzas y todas sus ilusiones. Muchos años había esperado para realizar éste, su primer viaje a Europa: ahorros, impacencias, privaciones, intentos frustrados. En su pecho parecía confundirse, ahora, un mundo de reminiscencias terriblemente lúcidas. El vaivén de los viajeros parlotaba a su derredor y un viento tibio con perfume marinero le soplabá, de frente, en la cara.

Recordó que no tenía hotel reservado. Tan metódico siempre, en este viaje había preferido dejar todo al azar. Era el suyo un turismo arbitrario. Nada quería saber de la esclavitud de las agencias de viajes ni de los *tours* masificados. Por eso, en Londres, tuvo que alojarse en un hospedajucho de Grafton Street, (por cierto, muy cerca de la casa que fue del generalísimo Miranda), y, en París, pasar su primera noche de viajero en el ghetto de Marais, confundido con *clochards* y prostitutas, borrachines y vendedores ambulantes. Recordó, también, que en Florencia caminó quince cuabras, equipaje al hombro, antes de conseguir un mísero cuarto de pensión, y que, en Praga, hubo

de compartir por días el tugurio de una colonia de exiliados latinoamericanos.

A la salida del aeropuerto, contrató los servicios de un taxista para que lo condujera a conseguir hotel. Ninguno hallaron disponible a lo largo de la calle Evangelhelistrias, con la Acrópolis al fondo, ni en los alrededores de la plaza Syntagma, verdadero centro de la ciudad. Fallidos resultaron los intentos frente a los hoteles de lujo, esos que aparecen señalados con cuatro estrellas en la Guía Michelin, y ni siquiera en los sombríos tabucos de los barrios bajos del Mercado pudo encontrar una media cama donde le permitieran pasar la noche. Cansados de tanta búsqueda infructuosa, de tantas negativas desesepanzadoras y tantas anotaciones inútiles en falaces listas de espera, Mikos Kontopoulos, (así se llamaba el taxista), le aseguró que en las próximas seis semanas no alcanzaría a encontrar un solo cuarto. Además de ser temporada alta, en la ciudad se celebraban entonces ocho o diez convenciones y eventos internacionales. Si él quisiera, podría alojarse en Eleusis, a pocos kilómetros de Atenas, en casa de su familia. Otras veces habían recibido huéspedes de ocasión, sobre todo venidos de California, recomendados por su hermano Nikolaos que, años atrás, se fue a sembrar manzanas en San Diego. Allí podría disfrutar la hospitalidad de una auténtica familia griega. Y si le parecía bien, por el pago de una módica suma podía llevarle, día por día, en su taxi, a visitar los sitios más interesantes de la península. Un amigo suyo, propietario de una tartana anclada en el Pireo, quizás aceptaría, por su parte, hacerle la excursión a las islas. La oferta le pareció por demás tentadora y, sin pensarlo dos veces, la aceptó.

Por una carretera agradable, bordeada de almendros y granados, damascos y moreras, laureles y olivos, pronto llegaron a Eleusis. Tambores de columnas, capiteles, restos de frisos y estelas funerarias, estatuas decapitadas y masas de piedras antiqúisimas, se amontonaban ferales, en calles y laderas. La casa de Mikos estaba situada muy cerca de

las ruinas del templo. A la puerta, con grandes muestras de alegría, los recibió la madre Kontopoulos, (una señora muy gorda, toda envuelta en pañolones negros). Pasaron después por un jardín sembrado de tiestos con margaritas y esquilaquias, crisantemos, araceas y mirtos. Una pérgola llena de pájaros y racimos de uva, cubría el pasadizo. Entrecerró los ojos y por momentos creyó estar soñando. En el interior de la vivienda fue presentado al resto de la familia, a Kyria, la esposa de Mikos, y a sus dos hijas, Rita y Kalliope, jóvenes de singular belleza. Todas, al unísono, le dieron la bienvenida.

Luego le pasaron al comedor, y media hora después, sin despojarse tan siquiera de la ropa de viaje, con las valijas todavía dispersas a su lado, estaba sentado frente a una suculenta cena copiosamente dispuesta en un mesón de madera. Cerezas en almíbar al modo de la cucharada dulce, cordero en cacerola, abundantes tomates frescos, queso feta y tiropetes, albóndigas de carne envueltas en hojas de parrilla, pulpo al ajillo, aceitunas, huevas de pescado, berenjenas fritas en pequeñas rebanadas, calamares, langostinos y abundantes salchichas griegas en salsa picante, colmaban los grandes bandejones de cerámica. Para acompañar la comida servían profusos tragos de *ouzo*, un destilado fuerte de uvas con anís.

Parientes, vecinos y amigos llegaban con sigilo para observar de cerca al recién venido. Mujeres adustas, hombres mayores, muchachas de cabeza patricia con rasgos que parecían esculpidos por Fidias o Praxíteles, bellos efebos dispuestos a participar de nuevo en las competiciones gimnásticas, en la lucha y en el lanzamiento del disco o la jabalina, en las carreras pedestres o de carros, en las domas de toros y de mulas. Todos escuchaban atentamente la conversación. La madre Kontopoulos preguntaba por la forma de vida en América (creía que Venezuela estaba situada al lado de California), suspiraba por su hijo Nikolaos y mostraba orgullosa fotografías del álbum familiar. Mikos, a su vez, (repeticiones frecuentes, gestos hiperbóreos), ha-

blaba atropellado sobre los lugares de interés que visitarían a partir del día siguiente. Para ilustrar sus descripciones, intercalaba a ratos trozos completos de Homero y Tucídides. Con voz impostada, recitó la súplica de Ifigenia a Agamenón. Después se lamentó de lo mucho que tenía que trabajar para juntar las dotes de las hijas, (una casa para Rita en Corinto, otra para Kalliope en Aulide). Ningún padre podía transgredir la tradición. Algunos de los presentes cantaron y palmearon aires populares.

Las emociones del día y el tanto *ouzo* bebido, contrariando su costumbre de plena abstinencia, hicieronle sentir una embriaguez casi física. Pidió a Mikos que lo condujera a su habitación. Era un cuarto limpio y aireado con su menaje bien dispuesto: una cama alta con jergón de esparto, un aguamanil provisto de ponchera y jofaina para el limpiamiento matutino, un perchero, una mesa escritorio y un ícono bizantino de Cristo crucificado. Manos de mujer le ayudaron a desvestirse. Cree que fue la madre Kontopoulos quien le acomodó la cabeza sobre la almohada.

De pronto, se vió caminando por un enarenado sendero bordeado de tejos y álamos blancos hacia las ruinas del templo de Deméter, en el fondo de una ladera. Bajo el vasto pórtico, de pie, esperaba un heraldo sagrado, al modo de Hermes Psicopompos, cubierto como él con un petaso y portando en la diestra un caduceo. Una hilera de *mystos* desnudos, (ancianos venerables de luengas barbas, apuestos mancebos, adolescentes casi impúberes), aguardaban pacientes el acceso a la iniciación. Una procesión de hierofántidas, las sacerdotisas de Proserpina, coronadas con narcisos, peplos inmaculados y brazos serpenteantes al aire, salía del templo y se colocaba en lo alto de la escalera para entonar una melopeya grave. Con solemne ademán, decían: *“¡Oh aspirantes de los Misterios!, aquí estáis en el pórtico de Proserpina. Todo cuanto vais a ver va a sorprenderos. Sabréis que vuestra vida presente no es más que un tejido de sueños mentirosos y confusos. El sueño os rodea por una zona de tinieblas, lleva vuestras ilusiones y vuestros días*

*en su flujo, como los restos flotantes que se desvanecen a la vista. Pero, al otro lado, se extiende una región de luz eterna. ¡Que Perséfone os sea propicia y os enseñe ella misma a franquear el río de las tinieblas y a penetrar hasta Deméter celeste!”.*

Temeroso, se prosternó ante el heraldo que, con terribles amenazas y al grito de *¡Eskato Bebeloi!* (¡fuera de aquí los profanos!), separaba a los intrusos que habían conseguido deslizarse en el recinto. Meticulosamente, se sintió observado de pie a cabeza. Bajo pena de muerte, tuvo que jurar no decir nada de lo que después viera. Dos hierofántidas lo ayudaron a desvertirse y lo cubrieron luego con una piel de cervato, imagen de la laceración y el desgarramiento del alma sumergida en la ilutación de la vida corporal. Apagadas las antorchas y las lámparas, en medio de una penumbra demoníaca, entró al laberinto subterráneo.

Primero tanteó en las tinieblas. Oyó ruidos, gemidos y voces horrisonos. Truenos y relámpagos surcaban la oscuridad. Bajo resplandores súbitos se veían visiones terroríficas: a veces, un monstruo, quimera o dragón; otras, un hombre maltratado bajo los pies de una esfinge o una larva humana. Sintió miedo. Quiso retroceder pero advirtió que todas las posibles salidas estaban cerradas. Adelante ocurría una escena muy extraña que tocaba a la magia verdadera. Bajo una cripta refulgente, un sacerdote frigio, rodeado por acólitos gigantes y vestido con un abigarrado atuendo asiático de rayas verticales, doradas, rojas y negras, lanzaba puñados de perfumes narcóticos en un corpulento brasero de cobre. La sala se llenó de espesas nubarradas de humo y en medio de la enrojecida penumbra comenzó a sucederse, entonces, una multitud confusa de formas cambiantes, animales y humanas, serpientes de cabezas múltiples, bustos de ninfas transformados en murciélagos azules, brazos y piernas sangrantes despegados de sus cuerpos, ojos saltones con destellos intermitentes, vísceras desprendidas. Y todos esos monstruos y visiones apocalípticas, tan pronto bellos como horripilantes, fluidos, aéreos, sonorosos, rea-

les, ilusorios, arrobadizos, férvidos, asustantes, aparecían y desaparecían y volvían a aparecer, girando, brillando, dando vértigos, envolviendo a los *mystos* fascinados como para impedirles el paso. A veces, el sacerdote frigio extendía su báculo en medio de los vapores, y el efluvio de su voluntad parecía imprimir a la ronda multiforme un movimiento de torbellino y una vitalidad sorprendentes. ¡Pasad!, díjole con voz retumbante. Y pasó, sintiéndose rozado de un modo extraño por pieles llagasas y lenguas babeantes, alas, garras y manos grenchudas y grumos de excrecencias y gorgorotadas de aire caliente, empujado una y otra vez, golpeado, aferrado, envilecido, hasta llegar a una sala circular muy grande, fúnebremente iluminada, con una sola columna central, un árbol de bronce, cuyo follaje metálico se extendía por todo el techo. Por momentos, creyó reconocer en él el *árbol de los sueños* mencionado por Virgilio en el libro VI de la *Eneida*, donde se describe el descenso de Eneas a los Infiernos. En sus ramas, incrustábanse por junto gorgonas y arpías, quimeras y esfinges, búhos y pajarra-cos horribles, imágenes parlantes de todos los males terrestres, de todas las miserias del alma, de todos los demonios que se encarnizan grimosos con el hombre. A su sombra, se encontraba, sentado en trono magnificante y cubierto por púrpura capa consistorial, Plutón-Aidoneo. Junto a él, su esposa, la esbelta Perséfone, aún bella, más bella quizás que como Virgen de la gruta; conoce la vida del fondo y por ella sufre, reina sobre los poderes inferiores y gobierna entre los muertos. Pálida sonrisa ilumina su semblante ensombrecido. En esa sonrisa está la ciencia del Bien y del Mal, el encanto inexplicable del dolor sentido y mudo.

Aterrado por la visión mirífica de la diosa, apretó los párpados riñendo por despertar. De repente, al extremo de una galería en ascenso, volvieron a brillar las antorchas y, como un sonido de trompeta, una voz límpida clamó: “¡Venid *mystos*! ¡Iacchos ha regresado! Deméter espera a su hija. ¡Evohé!” Los ecos ardientes del subterráneo, repitieron el clamor. Perséfone se levanta sobre su trono, como sali-



da en sobresalto de un largo sueño, penetraba por un pensamiento fulgurante: “¡La luz! ¡Madre mía! ¡Iacchos! Quiere andar, pero Aidoneo la retiene por los pliegues de su falda. Exhausta, cae en su trono como muerta. Las luces se apagan, y una voz exclama: “*Morir es renacer!*”. Abrió los ojos. Entre la bruma y la vigilia, se vió avanzando hacia la galería de los héroes y los semidioses. No alcanzaba a precisar si estaba despierto o continuaba dormido. Sabía, sí, que Hermes y el portaantorchas lo esperaban en el fondo. Vió cuando le quitaron la piel de cervato y rociaron su rostro con agua lustral. Después, revestido con una túnica de lino fresco fue conducido a un templo espléndidamente iluminado, frente al Gran Sacerdote, a la vista de los puros Campos Elíseos, bajo los acordes de un angélico coro de bienaventurados. Con la bendición suprema, *Konx Om Pax*, recibió un canastillo contentivo de varios símbolos áureos: la piña, (emblema de la fecundidad y la regeneración), la serpiente en espiral, (evolución universal del alma, la caída en la materia, la redención por el espíritu), y el huevo, (la figura del hermetismo pleno, la perfección divina, último objetivo del hombre). Supo, así, que había renacido, transformado en vidente para toda la eternidad.

Apacible, quieto, gozoso en la somnolencia, se demoró después en el recuerdo de sus vidas anteriores. Las reminiscencias agolpábanse en su mente, férvidas y desafortunadas, desvaídas en el remoto fondo de los ancestros, perfectamente impresas en la gravedad de sus sentidos. Se vio rey. Se vio esclavo. Otra vez, rey. Otra vez, esclavo. Recordó el sabor y el olor de manjares y licores exóticos en un banquete milenario; una noche de vivac en las llanuras fenicias; el fuego descubierto por azar; un papiro arameo con textos sacados de las inscripciones de Bisitun; la lujuria de una cortesana de Persépolis, que lo amaba frenetizada

con lengua batiente y dentelladas bruscas; la balada cantada por un trovador provenzal al pie de un balcón florido; la agonía y muerte del dragón de Malpasso; una mano pedigüeña en el pórtico de una catedral gótica; el viaje por un océano proceloso, en busca de nuevas tierras, bajo las órdenes de un Almirante intrépido; la fundación de una ciudad, él entre los fundadores, en un valle sembrado de apamates e higueros; los fragores de la Guerra a Muerte, el paso de los Andes, su delirio sobre un volcán apaciguado; y, más recientemente, su pasantía por el Seminario Tridentino de Ciudad Bolívar, sus estudios de Latín y Griego clásicos, el posterior ahorcamiento de los hábitos y su vuelta a la laicidad; la docencia ejercida por años en un liceo de pueblo; sus lecciones de Filosofía Antigua: el ser parmenídico, Aquiles y la Tortuga, el movimiento de Heráclito, el mito de la caverna, la transmigración de las almas, el Uno pitagórico y la Lógica de Aristóteles; ese tufillo cálido de guayabas maduras, anones y pomarrosas, que se deslizaba por las ventanas del aula; sus años de soltería, o mejor, de empecinado celibato; su viaje a Europa, Londres, París, Roma, Bulgaria; su llegada a Atenas; su encuentro salvador con el taxista; la suculenta cena de su arribo a Eleusis; el *ouzo* bebido; la borrachera imprevista; las manos femeninas que lo ayudaron a desvertirse y le acomodaron la cabeza sobre la almohada; y la voz de Milkos: "*Amigazo, despiértese, dispóngase a aprovechar su primera mañana helénica*". Un cielo desnublado, intensamente azul, se colaba, eterno y feliz, por el ventanuco. "*Nada mejor para iniciar su visita a la Hélade, estando en Eleusis, que una breve pasada por el templo de Deméter*".

Presto, se levantó. Después del desayuno frugal y una muy caliente taza de café a la turca, ("*a la griega*", preferirían decir los lugareños después de la liberación), iniciaron la marcha hacia el templo, por un camino bordeado de tejos y álamos blancos. En la puerta esperaba un heraldo sagrado, al modo de Hermes Psicopompos. Pronto se vió avanzando por un oscuro laberinto subterráneo. "*Eskato*

*Bebeloi*”, le oyó decir, con voz hosca, al heraldo, cuando volvió la vista y vio la cara paciente de Mikos esperando al otro lado del umbral.

1978

MEMORIA DE UNA CASA  
DE PIEDRA

*A Raúl Peña Hurtado.*

Era un edificio con muchos detalles que lo volvían diferente. Tenía dos pisos y una fachada porticada, cuadriforme, labrada sobre una piedra monolítica de andesita, (inconseguible por estas regiones). En su dintel amolletado, destacábase una pareja de monstruos marinos sosteniendo, entrambos, un escudo heráldico. La figura de la izquierda, musculoso tritón con barba y bigote, soplaba una inmensa caracola noble de vistosa decoración; la de la derecha era una sirena de doble cauda, representativa del más puro clasicismo europeo, cara de perfil grecolatino y rígidos senos empinados. También resaltaban sus balcones volados, de airosas curvaturas; sus ventanucos de madera con balaustrés absurdamente ensapolinados de negro y sostenidos sobre robustos antepechos de mampostería que se adosaban al muro con siluetas de fontanas; sus puertas claveteadas y el munificente esplendor de sus enmarcamientos, undosos cortinajes de orladuras hermo세antes; todo ello, contrastando con la austeridad y el no siempre pulcro encalado de sus paredes. Papá se regodeó recordando, uno por uno, los detalles de la construcción. Después, protestó reticente contra las casas modernas, de discreta medianía y no exentas de rustiquez que se levantaban en la vecindad. Con euforia desconcertante se dio a hablar sobre las falordias y consejas tejidas por la inventiva popular en derredor de la Casa. En las noches de lluvia, decíase que el tritón restallaba su concha con la fuerza de una tromba, simu-

lando los rugidos de olas desencadenadas. Y en las de luna llena, que la sirena dejaba oír su odiseico canto para atraer a los pasantes y alejar a los desprevenidos. Cuando la puerta principal se abría, cerraduras, bisagras y aldabones, chiriaban como cadenas de ánimas errantes, para asustar de sopetón al más valiente. Si alguien pasaba cerca, —aún a pleno sol—, y susurraba sonido alguno por apagado que fuera, un eco quejumbroso, cual aullido de morrongo, respondía de pe a pa, a través de romanillas y postigos. La Masayo, siempre chusca, agregó que en la alberca soterrada de su patio central, —un brocal de piedra, con arco de hierro forjado juntándole los bordes—, iban a mudar el pico los zamuros. Todos se apresuraron, entonces, a simular los consabidos muñecos de trapo, anudando las telas más próximas: la cortina de esparragón, el mantel floreado de la mesa, la falda o el pantalón propios. Todos, menos Minina Yoya que prefirió taparse los oídos con las dos manos como la hormiguita de Ratón Pérez. De seguir oyendo semejantes cuentos de vieja, no podría dormir en *todalasantanoche*. Pero nadie le hizo caso. Nada tenía de raro que Minina Yoya se desvelara. Y además, era necesario llenar el tiempo de la sobremesa, después de la cena, hasta las diez u once de la noche, por lo menos; esperar que amainara el calor e hicieran sus efectos los sahumeros de conchas de naranjas contra el plagaje. Y ningún tema mejor que la Casa de Piedra. Allí había pasado de todo. Como para chismorrear la noche entera y el resto de los días, dijo tío Laurencio.

De su primera propietaria, una ricadueña de la Colonia, llamada por mal nombre *la Brucoloca*, el propio tío Laurencio atestiguó que tenía pacto secreto con los demonios. Era tan fea que, al nacer, sus padres idearon ahogarla como a un monstruo. Sin embargo, por rica, no faltó quien quisiera casarse con ella, dijo, pero, tercamente, rechazaba el amor de los humanos, —letrados, munícipes, capitanes de las Reales Milicias, segundones arruinados cazadores de fortuna o algún mestizo buscadote—, por preferir el de los

diablos. Dícese, intervino don Teobaldo, que sus increíbles riquezas provenían de las liberalidades del propio Satanás, quien, por lo demás, se encargó en persona, de la construcción de la Casa, oficiando de alarife mayor, ahondando los cimientos de la fábrica hasta tocar el centro de la tierra, cantando la andesita del dintel, retranqueando los muros de la fachada, encascotando la mezcla y mezcilla de las paredes, retundiendo el paramento de los arcos y pilastras con cintreles de fuego, cuidando la disposición de los lagunares del artesonado y la justa colocación de los alboaires, herreteando las puertas, maestreando en fin, aquí y más allá, a la cabeza de un ejército de diablillos trastrocados en albañiles y carpinteros, picapedreros y aparejadores, encalladores, estuquistas, manobres, forjadores, tapiadores y mediapaletas, tapagujeros y peones, quienes, infatigables, pellada tras pellada, terminaron la portentosa obra en sólo tres semanas de frenética ocupación. Ante el descreimiento de Quique y María Josefa, como queriendo confirmar la especie, don Teobaldo aseguró habérsela oído contar a su abuelo, quien a su vez la oyó del suyo o (quizás) de algún otro tataradeudo más remoto que, en todo caso, presencié la ocurrencia de la construcción y vio también los festejos conmemorativos, diablada memorantísima en la que los cachanos participantes bailaron noches enteras con *la Bruco-loc*a y toda su parentela y todo su esclavaje y toda su servidumbre, deligos y zarabandas, chaconas y danzas de muertos.

Mucho después, siguió contando Teobaldo, *la Bruco-loc*a murió bajo pena de excomunión, por lo que fue enterrada sin ceremonia alguna, en un lugar apartado, a la orilla del pueblo; pero, luego, los lugareños se vieron aterrorizados por continuas apariciones que, a no dudar, correspondían al alma de esa infeliz. De nada valieron entonces las misas de difunto ofrecidas en su descanso ni las preces ni las procesiones de los vecinos ni los fingidos ayunos penitentes del aprovechado curita español que, por esos días, hizo su agosto, corriendo de casa en casa, con el hisopo en la ma-



no, para regar puertas y ventanas, a dos reales de vellón la rociadura. Cansada la gente de tanta trasnochadera, de tantos ruidos sepulcrales y tantas desesperaciones, (nadie se atrevía a pegar los ojos por temor a la inminente llegada del espectro), los notables del pueblo comandados por don Francisco Oriach, (pariente mayor que fue de los generales Monagas), se dieron a deliberar sobre qué hacer frente al consternante acaecimiento. Abrieron el sepulcro y encontraron el cuerpo de la difunta hinchado, pero sano y fresco. Sus venas estaban repletas de sangre, la misma sangre chupada en sus frecuentes apariciones. Por decisión de la mayoría, constante en acta concejil que don Teobaldo dijo conocer, y el voto salvado del cura, el cuerpo fue desmembrado, hecho pedazos, y puesto a hervir en una solución de vino con lejía y orines de beata, porque así era desde remotos tiempos como se trataba a los vampiros. A partir de ese momento, nunca más se vio aparecer la fantasma.

La Casa, mientras tanto, por años se mantuvo abandonada. Hasta que un buen día la adquirió don Nicasio Guzmán, dijo papá. Y es que ese don Nicasio jamás tuvo paz con la miseria, dijo Masayo. En su afán posesivo de *todoestoesmío*, era capaz de quedarse con los denarios de Judas y de hacer sambumbia con la mazamorra de Pilatos. Coronel de la caballería de la República, anduvo peleando con el general José Gregorio Monagas, en el Alacrán y en El Juncal, en El Arao y en Maturín y en Boya y en Boca-chica y en un montón más de combates y de batallas. También anduvo con Tadeo y con Freites, con Parejo y Sotillo, por todas las sabanas de Oriente, resistiendo los desmanes y hazañerías de Antoñanza, de Chepito González, de Pascual Martínez, de Zuazola, de Cervériz y del propio Boves, para quien cargaba una lanza de las fraguadas en meneguante, enfestada en la estribera y que si no se pudo dar el gusto de bien usar en Urica, fue nomás por quedarse de necio, componiendo chirinolas de la soldadesca a la altura de Boquerón. En los días de la Cosiata, tuvo participación destacada en el movimiento que se inició por estos

cantones contra la Constitución del 30, propugnando la insuficiencia de Venezuela para subsistir como estado separado y el restablecimiento de Colombia. Y aún, en 1854, con todo y una ceguera incipiente y el reumatismo de la vejez, almorranas, flatos y achaques, desempolvó su viejo uniforme de libertador, oros, azul y peto rojo, hacía tiempo embaulado entre espliego y vetiver y meleleuca y romero, para marchar a ponerse a las órdenes del general José Laurencio Silva, en defensa de su amigo y compadre José Gregorio, y derrotar en El Chaparral de Juan Antonio a los facinerosos disidentes de Juan Bautista Rodríguez. Pero ese coronel de tonto no tenía un pelo y si fue a la guerra, no lo hizo para ufanarse con la gloria ni para quedarse con la patria guarnecida dentro del pecho. Bien caro cobró sus servicios. Carísimos, dijo papá. Sin remilgos ni apatuscos, puso a sacomano los bonos de guerra de todos sus subalternos, reteniéndoselos a unos, cambiándoselos por favores a los otros, incautándoselos como castigo a éste, robándoselos de la capotera a aquél; hasta reunir tal cantidad de ellos que en una sola operación de canje recibió del Ejecutivo monaguero, por documento bastantado, veinte leguas de tierra de cultivo y crianza en las inmediaciones de Güere, (para la época un río corrientoso todo el año y no fallecido como ahora), con inclusión del sitio Guzmanero, que de allí derivó su nombre. Con tal incremento en sus ya ricos caudales, llegó a convertirse en el más poderoso señor del Distrito. Para cobrar a la muy menguada y vacuna nobleza aragüeña los antiguos agravios inferidos a Petra Sojo, su esposa barloventeña de Panaquire, nunca aceptada en los engalanados salones pueblerinos, dícese que convino en prestar a los empobrecidos señorones, por cuentagotas, módicas sumas de pesos macuquinos, pero obligándolos a vestir de levita y pumpá, y a sus mujeres con emperifollados trajes de frufú, para ir, acalambrados y sudorosos, a la hora del almuerzo o de la siesta del mediodía, bajo el luminar incandescente, por tortuosos caminos polvorientos, entre rastrojos y espinos, riscos y pedreguyales, a

*Guzmanero* o más allá, para recibir los préstamos de ridículo oprobio. Era un tipo vengativo, dijo papá, de los que cobraba ojo por diente. Y la mujer, sudorosa y hablachenta, varicosa y jamonuda, un verdadero adefesio. Quienes la conocieron contaban que tenía un nalgatorio, diantre, hijo mío, como poltrona de obispo. Para darle gusto y hacer remugar de envidia a las matronas del pueblo, don Nicasio le compró la Casa.

Pero no se metieron así nomás en ella, agregó tío Laurencio. Primero la hicieron exorcizar, con todas las reglas y letanías que mandaba el abate Julio, por un fraile capuchino de las Misiones del Caroní. Con una vela sagrada del día de la Candelaria, (de esas, como cirio de antorcha), la imagen crucificada de Nuestro Señor Jesucristo, una mar de agua bendita y el incensario volando y revolando de un lado para otro, dicen que el cura se acercó al portón. En latín, recitaba los salmos penitenciales y el evangelio de san Juan. Muchas ceremonias, continuadas plegarias, nubes de incienso, escapularios de virtudes fuertes, buenos para la desinfestación, y las bendiciones propias del ritual, se prodigaron hasta la saciedad para completar aquella faena que un periodiquito de la época, (*El Telegrafista* se llamaba), llegó a comparar con los trabajos de Hércules. Y con todo eso, sólo fue a los tres días de duro deleidale cuando pudieron verse los efectos de la fatigación. Cansados de batallar, agobiados por los latinajos y las santiguaderas y los chorrerones de agua bendita, los demonios emprendieron la retirada. Y todo fue entonces, odio contra el santo nombre de Dios, desmerecidas *apostrofías* contra la virgen purísima, maldiciones descaradas contra los allí presentes, el cura primero que más nadie, y el aire se vició con un millón de *chii-chiies* abominables y batimientos de alas y protestas de bravura, y de todas partes salieron runflas despavoridas de murciélagos y moscardones, (tantas que ennegrecieron el cielo a ras de los cuatro vientos, como ropaje de viuda), y montones de escarabajos peloteros que se apretujaban por todos los repliegues de la casa, chasqueando

sus bolitas de excremento, y serpenteos de serpientes disformes y otros reptiles inmundos lanzando sus colmillazos emponzoñados al revés y al derecho, y sulfaradas de efluvios sulfurosos, con esa hedentina nauseabunda de los parajes infestados de marismas y paulares y oscuras charcas pestilentes, y una centenada de cuervos maléficos presagiando desdichas con sus sesenta y cuatro inflexiones de voz y hasta el formato de un macho cabrío, negro, bifronte, enorme, sin tamaño, más que enorme, descomunal, que salió dando bufidos y testarazos, calle arriba de la Libertad.

En esa casona, expurgada ya de demonios, don Nicasio pasó sus últimos días. Avistable, con las ventanas abiertas de par en par, se sentaba de tarde en mitad de la sala, ostentoso, cogotudo, lomienhiesto, con sus arcos de militar y todas sus condecoraciones de hojalata, y la mujer repleta de perendengues y firuletes, para recibir el saludo de los pasantes. Años después, su herencia se descompuso en largas y confusas estirpes de nietos, biznietos, tataranietos y choznos bastardos, a su vez, descendientes de las tres hijas del matrimonio, enamoradizas y huyilonas, que galoparon, ebrias de amor, por los campos de la noche, en las ancas briosas de cuanto jinete blanco mestizo pardo mulato indio negro tercerón cuarterón ochavón o saltoatrás bien parecido hubiese en la zona.

Entretanto, papá dijo, que no sabía precisar cómo ni cuándo la Casa había llegado a manos del señor Müller. Fueron, sí, sus tiempos de mayor esplendor; pero, a la larga, con la quiebra comercial del jefe de la casa y su posterior suicidio y el aniquilamiento y muerte natural de sus tres hijas —solteras y sin descendencia— (el único hijo del señor Müller había muerto prematuramente en la guerra), quedó abandonada al cuidado de una anciana ama de llaves. Ubalдина Rodríguez, que así se llamaba, fue quien le sirvió de catequista a Minina Yoya. Cada tarde, al regresar de la escuela, Minina Yoya iba a recibir sus clases de primera comunión, en la vieja casona. Tocaba el portón (remachado de clavos romanos con todos sus alfileres) y

salía a abrir la *niña Ubalda*, canturreando distraída, siempre aderezada con su blanco casquete, erecta, con una verticalidad impropia de sus años, la cara toda coloreteada como la del muñeco parlante de un ventrílocuo, remarcadas las cejas y los labios e impregnada toda ella con un perfume almizcoso. Parecía un personaje de Goya: la vieja que se cree todavía bella, probándose complacida un sombrero nuevo ante el espejo.

Muy joven, casi niña, al quedar huérfana de madre, contó papá, comenzó a trabajar para los Müller. Compañera de juego de las hijas de la casa, creció junto a ellas, gozando de prerrogativas tales como las de acompañarlas a las fiestas, (aunque siempre tocada con su blanca cofia subalterna), y sentarse desde el primer día a comer a la mesa mayor y a la misma hora en que comían los señores, justo en aquellos tiempos de gran brillo, cuando en la Casa oficiaba tanta servidumbre.

Por breves semanas estuvo casada con un soldado de las huestes del general Rolando, una vez que éste acampó en las orillas del pueblo. Ubaldina dormía con su marido en el campamento, entre los cujies y el humo de las fogatas, pero a la mañana siguiente siempre regresaba a la casa de los Müller a cumplir sus faenas domésticas. Cuando el consorte decidió continuar su carrera guerrerrista tras la aureola fulgurante del caudillo, (su solo nombre inflama a las muchedumbres —le oyó decir alguna vez al señor Müller— tiene el sonido tintineante de una moneda de oro rodando de canto sobre el tablero de una mesa de mármol), optó por quedarse al servicio de la familia. Gracias a la intercepción del señor Müller frente al cura párroco, después de varios años, se le dio la anulación del matrimonio como no consumado, en un sacaimete de ruegos, forcejeos y alegaciones ante la Sagrada Rota. Pese a ello, conservó por el resto de sus días el apellido Rodríguez, propio de su antiguo marido, porque, a decir verdad, nada le gustaba el Yuspa suyo de soltera, y que parecía indigno de la ente-

nada de una linajuda Casa de Piedra. Después de entonces, se dedicó pacientemente a envejecer, aunque sin dejar de trabajar un solo día. Tenía un vigor de yegua percherona. Ella misma limpiaba el caserón de punta a punta; mañanas enteras pasaba en cuclillas, sudorosa, sustituida la cofia almidonada por caperuza romántica de muchos lazos y cintajos para defenderse del solazo inclemente, arrancando el tupido yerbazal del gallinero, o se sentaba en una mecedora de copete de peineta con asiento de anea y respaldo de lira, a tejer, sin auxilio de espejuelos, primorosos encajes de abanino, puntilla y chorrera (como no se ven ahora, se lamentó la Masayo). Daba gusto verla en persona cuidando el jardín. Con molicie redomada, quitaba aquí las hojas secas del helecho de tinajero o, más allá, con una badana humedecida, lustraba la oblonguez de las malangas, hoyaba luego la tierra de los naranjos, respunteaba con gotas de agua fresca el desmayo de las coquetas (puticas, prefería llamarlas tío Laurencio), o recortaba los macetones lacres de la ixora para hacerlos lucir en ramillete con el jazmín de la tarde, los corimbo blancos rosas y morados de las astromelias, la malva real y el lirio sanjuanero.

De esa casa salían las flores para adornar todas las solemnidades del pueblo, dijo Minina Yoya. Igual los matrimonios que las procesiones de los santos que los entierros de postín. Un real de rosas, niña Ubalda, llegaba una, y la viejecita cortaba un ramo increíble de grande. Y le agregaba margaritas. Y le agregaba berberías. Y hasta una rama de areca o veteadas hojas de croto para aumentar el color.

Pero cuando de verdad se mostraba incansable la anciana Ubalda era al ponerse a contar las anécdotas e historias de los señores de la Casa.

El señor Müller, recordaba, se gastó un dineral en el reacondicionamiento de este caserón, rejuveneciéndole la fachada, apuntalándole las bases, cambiándole las tejas. El mismo, en persona, se encargó de dirigir los trabajos. No escatimó esfuerzos. Pero el colmo de las profusiones, fue

lo del amueblamiento. Salas, corredores y aposentos fueron repletados con sillones fraileros de línea y chambrana clásicas, faldistorios de bronce y cuero repujado, pesados cortinajes, arcones y bargueños con taraceas de hueso, taquillones de nogal tallado, camas jacobinas, yesería plateresca, mesitas marqueteadas, elegantes briseras de cristal veneciano, lámparas forjadas de Toledo, relojes ingleses de caja alta, franceses estilo rococó, cristales de Bohemia, cuadros del Cuzco, inmensos candelabros del Potosí y otra multitud de extravagancias traídas del mundo entero, en vapor, hasta el puerto de Guanta, y desde allí, a lomo de mulas dispuestas en relevo. Y es que, ciertamente, los Müller además de distinguidos sabían darse sus ínfulas. Así, por ejemplo, no servían la mesa sino en inmensos platos de Delft, los grandes platos de antaño, y es cierto que le echaban vino dulce de España al atol de avena de los desayunos. Las hermanas, por su parte, acostumbraban alegrar la sobremesa con arias de ópera, trozos de zarzuelas, valeses y villancicos que ellas mismas se acompañaban al piano.

Si alguien le preguntaba por los admiradores y las proposiciones matrimoniales que las amables hermanas Müller pudieron tener o recibir cuando estaban jóvenes, la anciana Ubaldina se encalamocaba toda y terminaba encogiéndose de hombros y haciendo una mueca displicente con los labios, como queriendo significar la imposibilidad de explicar problema con tantos entresijos. Consideraba una verdadera lástima que ninguna de aquellas tres mujeres, bellas, finas y hacendosas, se hubieran casado. Algunas veces (y frente a personas muy de su confianza), se atrevía a ensayar la explicación de que no habían logrado encontrar un hombre digno de ellas. En este pueblo no había hombres, agregaba. Sólo uno que otro dueño de hato, maldiciente, de modales rudos y botas embarrialadas, becerreros montunos, peones macoretos, esmirriados maestricos de escuela y bodegueros lipones. Un forastero se asomaba por el pueblo muy de vez en cuando. Los señores de las grandes familias, pues, eran eso, señores de familia, y sus hijos, los

señoritos, tan pronto se graduaban de bachiller, se iban para Caracas a continuar las carreras y más nunca regresaban.

Cuando las Müller eran jóvenes, el único acontecimiento social del pueblo que valía destacarse, dijo papá, era el paso furtivo de las tropas del Gobierno o de la Revolución. Pasaba Rolando con su gente. O el general Isava Núñez. O el general Matos. Levantaban sus tiendas de campaña en el altozano de la iglesia o en los alrededores de la plaza y quedábanse unas cuantas noches mientras se aprovisionaban de bastimentos o recogían, entre los vecinos, las contribuciones de guerra. En las casas principales, la de las Müller de primera, hacíanse bailes de gala, comilonas y veladas, para honrar a los oficiales. Y era entonces cuando las niñas bien aprovechaban para sacar a lucir sus bucles y caireles, sus encajes de Holanda y sus faldas de tafetán moaré enguirlandadas de festones, faralás y perifollos, y, ellas, las Müller, convertíanse como por encanto en el centro y el alma de esas festividades. Cada vez que hacían su entrada en los salones de baile, arcos, arranques y dovelas parecían elevarse y los fastuosos espejos encuadrados en sus enmarcaduras ornadas con porcelanas de Sévres, incrustaciones y bronces de Thomire, reflejaban y esparcían por todos los rincones el brillo de sus bellezas en una amalgama fabulosa de titilancias y azogamientos.

Si una de ellas abría el baile, dijo papá cuidando la selección de cada palabra, etérea como una brisa y atrevida como la burla de un epigrama, (usaba, a propósito, las comparaciones más altisonantes), parecía que se iniciaba la recepción de una joven ninfa en la corte de Tersípcore conducida por los dioses de la verdadera alegría y que una nueva Sílides Taglione se levantaba más allá de la perdurabilidad ultraterrena, en un ideal romántico femenino de mujer desligada de la carne mortal; sus alas elevadas en un afán de perfección, de huida de la realidad, de anhelo de flor, de suspiro de pájaro.



Las tres cantaban como ruseñores, y también imitaban sin esfuerzo y sin la más leve malicia a todas las personas importantes del lugar. Funambulescas, recordaban con gestos y pantomimas las figuras populares de la vida de la calle y las actitudes de los amigos de su padre que las saludaban parsimoniosos desde esquinas, portales y palizadas. Nadie las igualaba en el acertijo de las charadas en verso o en el cumplimiento de los juegos de prenda. Y a la hora del crepúsculo de la tarde, salían a pasear por las enarenadas calles del poblado, presas de secretas fascinaciones, ante la vista pálida y desesperanzada de admiradores y pretendientes, horribles rústicos pestilenciales, que sólo podían conformarse con el intercambio de rápidos saludos o el esguince de una mirada despreciativa.

Por años, parecieron vivir eludiendo el paso de los días. Desdeñosamente creían tener el don de borrar el tiempo transcurrido, con los adornos y los empavesamientos; se iban de vacaciones a Caracas y regresaban, dos o tres meses después, transfiguradas, expansivas en el recobrado brío de sus entusiasmos juveniles; hablando aquí y allá de novedades, fiestas y paseos; luciendo con superior desdén la última moda de las capitales europeas, presuntuosas, vocativas, egregias, batiendo adrede frente a la envidia y perplejidad de las otras mujeres, el desenfado de sus nuevos peinados, de sus nuevos vestidos, de sus nuevos maquilajes.

Una exageración de baúles, arcones y petacas, traían consigo el almacén copioso de ricos desvaríos, los hermosos trajes de brocado, maravillosas telas, encrespadas, rumorosas, evanescentes, telas de seda y oro, blusas de muselina, capas de rasoliso, unas crujientes faldas de gros tornasol, boas de plumas para el cuello, mitones rameados de azabaches, los canesús de tules, las estrechas botas de charol y paño, el sombrero empavesado de flores, con pajarillos disecados, diminutos colibríes, o azulejos, o arrendajos, más boas, más tules, más sombreros, más mitones, sombrillas cuyos mangos eran finas piezas de marfil labrado o raras

figuras de alabastro, salomones colgantes de piedras inverosímiles, cosas que nunca antes se vieron en el medio pueblerino, brazaletes, camafeos, collares, talismanes, relojitos de pecho, guardarrizos, pastilleros, encajes de Brujas, pañuelos de Holanda, abanicos madrileños, heracliteanos, flabeliformes, plegables, con perfil de corazón, eróticos, lunares. Y los caros perfumes franceses con sus arrobadoras fragancias silvestres de la Polinesia, ondeantes, sofisticados, casi crueles en la intensidad de sus olores embalsamantes, con sus exóticos nombres impronunciables, recogidos en minúsculos pomos de colores.

Fueron ellas las primeras que usaron en el pueblo el ridículo *pomporé*, recordó Minina Yoya. Las primeras que lucieron el sombrero *Hernani*. Las primeras que se maquillaron pálidamente a lo Eleonora Duse, ojos famélicos, labios casi indiferentes. Las primeras que se adornaron con guirnaldas serpentinas de rosas de papel parafinado, a lo Cléo de Merode. Las primeras en quebrar la voz cuando hablaban, con temblores y leves insinuaciones casi imperceptibles, a lo Gabriela Rejú.

Pero a las Müller no les gustaban los hombres, ni siquiera los de Caracas, apuntó socarrón don Teobaldo. Vaya usted a saber a quién se le ocurrió la idea. Tal vez a uno cualquiera de los tantos pretendientes desesperanzados, roídos por la frustración y el rencor. Al negro Cumana. A Julito Méndez. A Luis Pedrique. Al maestro Matute, tal vez. Tal vez, al ciego Meneses. O a alguna pérfida muchacha, movida por la inquina de la rivalidad. Quizás, al boticario Yapó Sifontes, invencionero, rubicundo como un cangrejo ribereño, fijándose con acuosidad en los más insignificantes movimientos de quienquiera que osara ponerse al alcance de sus ojos pedunculados, inventando lujuriosas historias sobre cada habitante del lugar para entretener la monotonía del mediodía. O, a Manolito Landaeta, en ese momento en el que el tarareo de un valse de Manuel Guadalupe, Rafael Izaza o Rogerio Caraballo, le traía desde atrás el recuerdo de las doscientas treinta y seis serenatas,

dadas en noche sábado, contra los muros calinosos de la vieja casona, sin obtener a cambio, tan siquiera, un lacónico muchas gracias o el requiebro glauco de una de esas miradas diamantinas, reemplazadas por el bofetón de silenciosas risitas de levedad que destruían el hechizo melismático tras las remachadas tablas de los postigos.

Y es que las hermanas parecían bastarse por sí mismas. Los tantos años de vida en común, pegada una a las otras, la simbiosis mental, la frase comenzada por Lutecia y completada por Leticia o por Lutidia al otro extremo de la mesa, las horas compartidas en el silencio de la habitación privada, una sola habitación para las tres, tres camas en hilera apenas separadas, la caricia rápida a la vez que intensa, cálida, profunda, la complicidad disimulada en el doble sentido de un parpadear oportuno, en los guiños de ojo, en el escarceo de un roce táctil o de una sonrisa apenas insinuada, los abrazos acolados en la bruma de un semisueño, el lento desnudarse a la hora de dormir, ayudándose y esparciéndose en el desabrochamiento de las botas o de los apretados corsés, las expresiones ambiguas alusivas a los todavía bien conservados atributos de belleza de cada una y, otra vez, el encuentro con las aprendidas preferencias conocidas hasta el desvanecimiento, los murmullos reprimidos, esa tensión acumulada en el rejuego interminable de las fantasías compartidas, y el sueño reparador, plácido, fluvial, con anchura de cauce derramado, y el despertar apacible sin resabios de culpa, esa costumbre de quedarse un rato más en la cama, por puro placer, espíandose entre sí, oyendo el susurro de la brisa cuando inflaba las hojas de los plátanos, los repiques de campana de la iglesita próxima, o la quieta bullaranga de los pájaros en el pretil abrocalado de la alberca.

A veces, sentían preocupación o disgusto por las alevés murmuraciones del vulgo, tejidas y destejidas en las nocturnas conversaciones hombrunas de la plaza Bolívar. Decían los deslenguados que las hermanas se acostaban con los diablos de *la Brucoloca*. Que una maldición de don Nicasio

las había machorreado. Que, en los últimos años, optaron por acostarse con las sombras del hermano malogrado y del padre suicida. Yo nunca creí ninguna de esas supercherías, dijo papá. Pero, lo cierto es que eran muy lindas y nunca se casaron. Es posible que todo haya sido resulta de los hechizos de la poderosa Casa.

1978

ORDEN INCOMBUSTIBLE

*A Raúl Ignacio Valera y a  
Guillermo Táriba.*

Hombre, me llamé Li So Wong y aprendí a atravesar el fuego para trascender la condición humana. Que yo recuerde, todo comenzó en mi aldea nativa de Shangtung, el año del búfalo del último ciclo lunar, cuando decidí venirme a América. Yo había vivido, sin pena ni gloria, de la venta de pescados y mariscos en las tabernas de los puertos de El Amarillo; pero, habiéndole infligido una terrible ofensa al Recaudador de los Impuestos Imperiales, (temeroso por las represalias del Emperador y mucho más por las de la Emperatriz que, al momento, era amante del mísero funcionario), tuve que aprestarme para la fuga. A la hora de la despedida, mi atribulada madre me colgó del cuello una tableta de jade rojo usada por nuestros antepasados, en los ritos solares, para honrar al Divino Elemento. Dijome, entonces, que ese poderoso talismán, regalo indisputable del propio Gobernador Celeste, siempre me depararía el bien y me alejaría, por consiguiente, de cualquier maleficio. Que su uso constante podía asegurarme: vida, salud y erotismo, (calor en el cuerpo); sublimación y energía espiritual, (luz en el alma); poder, mando y superioridad, (el rayo avasallante de los dioses). No me advirtió, sin embargo, ningún medio sacrificial necesario para que esos logros se posibilitaran, ninguna teúrgia específica, ninguna aojadura, ningún desencanto, ninguna contraindicación. No quiero contar las vicisitudes por las que hube de pasar para llegar a estos enarenados sabana-

les, (monotonía salvaje, zarzas ardientes), de la mesa de Guanipa. La aventura del viaje se descompuso en un sinfín de difíciles y variadas circunstancias. Obviamente, navegué por más de siete mares. Justo, en uno de ellos (a la altura del Paso de las Molucas, muy cerca de las costas de Morotai), obtuve la primera manifestación bondadosa del mirífico talismán. Se trataba del *Día del Tet*, el primer día del Año Nuevo asiático, y a falta de los consabidos petardos que normalmente se hacen explotar en esa efeméride, a fin de alejar con ellos a los malos espíritus, me bastaron unos cuantos minutos de afanosa concentración para desplegar a todo lo largo de la arboladura de la bricbarca, increíbles fuegos festivos de sorprendente fulguración. Se inició así mi pírico poder, para asombro y respeto de los circunstantes. En las despavoridas riberas de Celebes y Borneo, Sumatra, Java y Timor, muchas veces exhalé, por puro divertimento, quiméricos fuegos fatuos que los indígenas tomaban por espíritus vagarosos corriendo a flor de tierra. Con azufre vivo, tártaro y goma, sarcocola y picote, sal común muy seca, aceite del vitriolo y aceite común, otras tantas, logré formar el fuego griego, (el terrible fuego de Arquímedes). Con él, a babor y estribor, calciné las espumas del oleaje.

Y así fui haciéndome dueño de todos los secretos del fuego. Por las noches no dormía, dedicábalas enteramente al estudio y a la meditación. Indagaba, hurgaba, rastreaba aquí y allá nuevos conocimientos y nuevas referencias, siempre bendiciendo la gracia que me fuera concedida. Con ahínco insaciable, revisé, uno por uno, los ritos del mundo en los que las antorchas, hogueras, ascuas y aún cenizas se consideran con virtud para provocar el crecimiento de las mieses y el bienestar de los hombres y animales. Aprendí a asegurarme la provisión de luz y de calor. Conocí la finalidad purificatoria de mi Soberano Protector, su poder destructivo de las fuerzas del mal. Al detalle, recorrí las doctrinas de Heráclito, las de los Puranas de la India, las de Empédocles y las de los Alquimistas. Antes de un año,



dominé el fuego rarificado y la luz astral, la trasmutación iniciática, (“Separarás la tierra del fuego, lo sutil de lo espeso”, dice la Tabla de Esmeralda), la llama tabórica y el doble fuego que hace girar la rueda y mueve el eje, el fuego innatural y todos los cincuenta fuegos que constituyen la clave del saber hermético.

Sin embargo, algo muy importante se me escapó en el aprendizaje, como bien pudo demostrármelo el curso de los hechos ulteriores. Mago de feria, de humosas tabernas, sórdidos serrallos y tabucos sombríos, ante deleznales asociaciones fumadoras de opio y jugadoras de naipes y dados fraudulentos, merecí los más férvidos aplausos con mis actos de ilusionismo y prestidigitación ignífera. Obtuve de tal manera y sin proponérmelo, un *modus vivendi*. Nada de tarotes y bastones. Nada de cajas de doble fondo y espejos superpuestos. Nada de ocultamiento de anillas y falaces juegos de decapitaciones. A pesar del público carriafo frente al que me tocaba actuar, no era yo un vulgar suertero ni un fantasista embaucador. Sentíame un genio, un protegido de los dioses, divinizado yo mismo. No Li Chang, no Fu Man Chú, no Carlston, no Richardi, ni Fred Kaps, ni Tornado, ni el Gran Roberto; no Niberko, no Inaudi, ni Frégoli, ni Fátima Miris; era yo, Li So Wong, “*el mago más grande del mundo, dueño indiscutible de los favores del fuego*”. Mi fama fue creciendo día por día. Además del talismán, me ayudaba mi inteligencia natural, mi simpatía y buena figura. Multitudes fanáticas festejaron hasta la saciedad mis mayores simplezas. Bastaba que encendiera una cerilla y me la pasara por la garganta para que, de seguida, empezara a echar humo por todos los huecos del cuerpo y los espectadores se pusieran a aplaudir delirantes. Nadie alcanzaba a explicarse el cómo lo hizo de mis agujas incandescentes enhebradas en la boca, ni mi número de la cama de clavos al rojo vivo, ni mis caminatas sobre senderos de carbones ardidos, ni las aplicaciones de láminas de metal hirvientes (a lo largo de mi pecho, de mi cara y de mis piernas) sin sufrir quemaduras. Una noche fren-

te a los más altos dignatarios de una tribu de Madagascar, lavé mis manos trémulas bajo un chorro de plomo en fusión, tal como si me enjuagara en una vasija de agua apenas templada. De paso por Haifa, cocí huevos con el calor de mi lengua. En el Sahara Español, por más de veinte días consecutivos, bajo la guarda observante de una junta de derviches, viví expuesto a los abrasantes rayos de sol del desierto sin padecer la más leve ampolladura. Y en Beirut, ante una concurrencia de más de diez mil personas, vomité fumaradas de lava.

Pero, mi destino era América. Llegando a Macao, me contraté con un circo trashumante que viajaba a Brasil. La embarcación naufragó frente a las costas de Paria. Todos, (empresarios, payasos, animales, equilibristas), murieron en el siniestro. Todos, menos yo, siempre protegido por mi talismán ignipotente. Como pude, alcancé la costa y me adentré en Tierra Firme. Fatigando feraces serranías, llanuras desoladas, empolvados caminos, pueblos y caseríos de escasa importancia, por fin, llegué a El Tigre, en los primeros días del auge petrolero.

Me gustó el lugar, su ingente riqueza, la movilidad de mercado chino que allí se observaba. Decenas de compatriotas, (venidos de Manchuria, de Mongolia, de Taiwán), me habían precedido en la llegada. Se ganaban la vida, cumpliendo, a domicilio, pesadas tareas domésticas. Lavaban y planchaban las enaceitadas ropas de los obreros y caporales, las finas lencerías de las mujeres del Campo Americano. Cocinaban, también, por encargo, exóticas viandas, carnes agrídulces, sopas de nidos de golondrinas, de aletas de tiburón. Decidí quedarme. Con mi mezcolanza de lenguas aprendidas y mi español confuso, no tuve mayores problemas de comunicación. A las pocas semanas, me casé o amancebé con una indígena lugareña. *Arrullos del Morichal de Cayauero*, la llamé en homenaje a su sitio de nacimiento.

Para subsistir, retomé la práctica de mi magia flagrante. Ignito, vulcánico, carníface, vagaba por los bares noctur-

nos, por los campamentos de tiendas de lona, por los barrios y rancherías laberínticas, exhibiendo mis números de resplandeciente virtuosismo. En las presentaciones, mientras yo actuaba, *Arrullos del Morichal de Cayauero*, me pasaba, tímida y recelosa, los hachones encendidos, las láminas de metal al rojo vivo, las infusiones hirvientes, carbones y brasas. Para enervar las posibles ofensas del fuego en su cuerpo, protegíala previamente con rociaduras de ajo licuado, mezclas de amoníaco y sal, polvos de azufre con jugo de cebolla, esencias de alhucema, de vetiver o romero. De todos modos, no sé por cuál capricho, pretendía yo asociar mi estado de gracia a la natural indefensión de mi compañera. Tercamente, creía que los beneficios de mi talismán también la alcanzaban. Falsísimo y terrible supuesto cargaba la adversidad sobre mi débil entendimiento. Una noche, cuando actuábamos en un prostíbulo de la zona de "El Mosquero", una chispa fatal atrapó el kimono de seda de mi dulce esposa. De inmediato, el fuego cogió cuerpo. Nada pudieron mis esfuerzos por apagarlo. En cuestión de segundos, sobre el escenario de tablas, ante la vista estupefacta de los presentes, quedó calcinado el cadáver de *Arrullos del Morichal*.

Desde entonces, soy una salamandra, (reptando por entre las rocallas y las ramas de los mantecos y los chaparrros). Mucho tardé en comprenderlo. Para salvar a *Arrullos*, atenté contra el Fuego. Y eso, no me estaba permitido. Sigo siendo incombustible, sí; pero, condenado a la ceguera. De día, me encandilan los rayos del sol. De noche, no puedo ver la luz de los mechurrios.

1978

ONDA NUEVA

El asceta Valmiki interrogó a Narada, versado en el ascetismo y en la Ciencia de los Vedas, príncipe de los oradores y toro de los munis; “¿Cuál es actualmente, en este mundo, el hombre virtuoso, el hombre fuerte, justo, agradecido, verídico, firme en sus decisiones? ¿Cuál aquel cuya conducta es noble? ¿El que sabe hacerse útil a todos los seres? ¿El sabio, el hábil a quien acercarse es siempre agradable? ¿Quién es el que, dueño de sí mismo, doma su cólera? ¿El lleno de gloria, el extraño a la envidia, y de quien los dioses mismos temen el enojo en el campo de batalla?”.

—El que consume LSD— contestó Narada, para quien el mundo no tiene secretos. Lo dijo consintiendo gustoso en instruirle.

Y preguntóle: “¿Quién es la mujer perfecta? ¿Aquella que es buena novia, hermana, esposa y madre? ¿La más bella entre las bellas, amable, dulce y buena compañera? ¿Cuál aquella firme y ponderada? ¿La que no hostiga al marido con impertinencias? ¿La más ardiente en el amor y cumplidora de sus obligaciones? Quiero saberlo, pues me interesa más que toda otra cosa”.

—La que nunca lava sus partes pudendas— contestó Narada, fiel a su palabra de dar justa respuesta.

—Chao, loco.

—Chao, bróder.

—¿Nos vemos esta noche?

—Vale.

—¿En el Drugstore?

—Okey.

—Okey.

LLEGAR A MARIGOT

*Al poeta Alí Lameda*



Llegar a Marigot, después de una espera de tres horas en el aeropuerto de Maiquetía, con la noche antillana desgajándose en un soplido de aire cálido, aire de hierbas acuáticas y derrelictos ignotos traídos por la resaca, como para henchirse los pulmones con bocanadas de olvido de todo lo que precedió, un hotel blanco de galerías abiertas y allí afuera, brillando y rebrillando, el rojo escarlata de los flamboyanes y el morado violeta y cardenal de las buganvillas bajo el cabrilleo de los astros, las espumas de sal y la tenue fosforescencia de las cicindelas, el lugar en fin para unas vacaciones dichosas, dejándose llevar a la deriva por ráfagas de tornados y vuelos locos de emociones fuertes, poder cambiar, saber que quedó atrás la rutina del trabajo diario y el humo atosigante del tráfico caraqueño; y él, aguardando en la recepción, pidiéndole una referencia a la recepcionista, fumando un cigarrillo, dándole paso al tiempo en espera de cualquier imprevisto, sostener la mirada y dispensarle el primer vistazo a la muchacha que llega, atento, con ese dejo peculiar de *cazaturista* típico, mirada de virilidad discutible, sí, pero boquirrubia y embebecida como si fuera un convite a los amoricones y a la fornicación, y lo es, y la muchacha que se la corresponde vaya a saber por qué, quizás porque dándose permiso para, secretaria bilingüe de alguna empresa multinacional, o profesora de idiomas en algún internado para señoritas, lejos de las constricciones familiares, el que dirán de los vecinos,

los temores y las inhibiciones, quiere, ahora, descubrir el erotismo, y, a tal efecto, nadie mejor que tú, con ese físico de galán de cine, ese torso de tennista, de magnífico nadador, ese color bronceado de hombre hacedor de deportes al aire libre que ya lleva casi un mes vacando por el Caribe, y sobre todo por la bendita costumbre de no llevar encima ninguna clase de prenda interior y ese bulto formidable que Dios te ha dado por sexo marcándose retador bajo el bluejean desteñido, mucho más desteñido, justo allí, donde el bulto se pronuncia y donde, de pronto, no por casualidad, se detiene por más tiempo la mirada de la muchacha, mirada perforadora, traspasante, como de rayos X, sobresegura primero, trémula, indecisa, después, para subirse, raposa, hasta el gris verdiazul de tus ojos, a la tersura de tu frente embermejada, o, dispararse rabiosamente contra el rojo titilante de los flamboyanes.

Y no, en definitiva, la mirada de la muchacha no se elude. Al contrario, vuelve sobre ti y se mantiene como una invitación, y aparece la sonrisa, de improviso, o la risa plena, llena de una malicia bondadosa y prometedora, una de esas risas que guiñan los ojos en la cara del que ríe, por lo que no puedes menos que responderle con tu comportamiento adquirido en tantas y tantas faenas amorosas y ese español tarzanesco aprendido en la Costa del Sol, en el *Marbella Club*, con el príncipe Alfonso de Hohenlohe, jugando golf o haciendo navegación de vela, en un intento de primera aproximación: Marcela, venezolana, sí, de Caracas, estudiante de Derecho a punto de licenciarse, secretaria de un tribunal, y una sensación como de fiebre arbolándole las mejillas y ¿qué se habrá creído éste?, ¿pensará, acaso, que me puede conquistar con ese mariconeo de mariposa mayor? No creo en el amor a primera vista, dice, segura de haber defendido su derecho a escoger o, por lo menos, a no acostarse la primera noche con el primer aspirante.

¿El amor?, ¿cuál amor?, casi le pregunta él, pero no, prefiere dejarla hablar libremente, ahora, cuando se toman

un whisky on the rocks, ella, un martini seco, él, en la barra del bar, un saloncito íntimo con palmeras silueteadas, el barman batiendo los cocteles con ritmo de calypso, luz opaca y grandes peces espada que cuelgan de las paredes, después de haberla ayudado a dejar sus maletas en el cuarto 223, 2do. piso, ascensor, a mano derecha, el primero que se encuentra, escuchando viejas canciones de Moustaki, me encanta Moustaki, ¿sabes?, en Caracas conservo todos sus discos, aunque a decir verdad, prefiero a Jacques Brel, y mucho más aún a George Brassens, su último elepé lo tengo rayadito de tanto sonar, comenta feliz, y canturrea un trozo de *La chase aux papillons* entre sorbo y sorbo de whisky; pero, también le gusta la música rock, y la música funky, y el buen sonido folk, y el blue, y el soul, y *Nací, nací para vivir*, y *Ooh Baby baby*, y Elvis Presley, y Johnny Winter, y Willie Nelson, y Linda Ronstadt, ¡qué linda, la Linda Ronstadt! y Deborah Harry, y Patti Smith, toda la música, vale decir, desde Bach hasta Los Corraleros, desde Vivaldi hasta el Steel Band, y la salsa, sobre todo la de Rubén Blades, ¿conoces a Rubén Blades?, y él, a punto de decir que no, que no conoce a ninguna persona llamada así, dudando, ¿quién diablos será ese caballero?, para terminar asintiendo, sí, claro, qué tontería, claro que lo conozco, por no lucir desinformado. Pedro Navajas, chico, dice ella dándose cuenta.

Y entre refranes recurrentes y vivencias sonoras, hamaqueos de hombros, percusiones simuladas, chasquidos de dientes: ¿y tú?, ¿quién eres?, ¿cómo te llamas?, ¿de dónde vienes?, ¿qué haces?, ¿eres casado, ah? Francois, contesta, Francois Claude, Francois Claude Lebel, belga de Bruselas, hijo de una vieja familia fabricante de paños; a ratos, administra las fábricas de la familia, como un negro, de sol a sol; a ratos, veranea, viaja por el mundo, practica deportes marinos, sky acuático, submarinismo, navegación a vela, surfing, todo lo que sea de mar. Nadie lo supera con una tabla, montado sobre una ola grande, llegando casi hasta el borde de la arena, sin hacer pie. Suele dedi-

car mucho tiempo a la busca de una gran ola. Le gusta saltar de Puerto Banús a Copacabana y de Copacabana a Hawaii, a Mar del Plata, a la isla de Borneo. Como Aristóteles Onasis, piensa que la mejor manera de lucir importante es llevando un color bronceado todo el año. Ella también es muy viajada, ¿sabes?, el año pasado estuvo en Tailandia, vio *Emmanuelle*, de Just Jaekin, ¿no la viste tú?, y casi que se vuelve loca con los paisajes naturales, por poco no se indigestó en Bangkok comiendo manjares thai, sin proponérselo también degustó los *dedos de Buda* y estuvo a punto de hospitalización con el *cannabis índico*. Bandida, pensó Francois, si también sabe de drogas, y yo creyéndome que andaba descubriendo el erotismo. "*Femme du couchant femme sans rencontre qu' avons-nous a nous dire?*", recitó con voz tímida, recordando al poeta. No soy adicta, se apresuró Marcela, en Bangkok fué sólo por probar. Nada de ácido, nada de esnifar coca, nada de anfetaminas, y un nuevo sorbo de whisky, y el tarareo del estribillo de Brassens, pero aún no me has contestado si eres casado. Amador de mujeres, se defiende Francois.

¿Y qué te parece si bailamos un rato?, agrega rápido, sin dar tiempo a réplicas ni contrarréplicas. Oh, sí, qué bueno, dice Marcela. Aquí mismo, en el hotel, está la *Byblos*, la mejor discoteca de toda la isla, garantiza conocedor. El disc-jockey es formidable, combina increíblemente lo beat con la música créole, Keith & Ken con Gloria Gaynor, calypso con Rolling Stones. Total, piensa después, es cuestión de buscar la manera de acercársele, de tenerla cuerpo a cuerpo, de hacerle sentir el calor del bulto, la erección peniana dijera Jean Bar, de sentir el choque de sus tetas, carajo, tan grandes como las de Jayne Mansfield, quizás un poco más recogidas, menos rotundas, pero con pezones de sargazo, hinchadas de fécula nutriente, y, diez minutos después, Marcela, casi haciéndose aguas de contento, de lo más punk ella, bailando la última *fiebre del sábado por la noche*, algo así como *el empellón viene a empujar*, en trance, trastabillando a lo largo y ancho de la pista, saltimban-

quiando como un resorte desvencijado, como un muñeco porfioso, esperando que alguien la empuje para mandarla a otra dirección, tropezando con todos los demás, haciendo que se empujen unos contra los otros, promiscuos, confundidos, gozosos en su agresividad, qué divina está la música, qué suerte, nada de sonido gallego, ¿qué es eso de sonido gallego?, Francois está por preguntarle cuál es ese sonido, pero mejor dejarla bailar, le divierte ese movimiento frenético, el sudor corriendo a chorros, los ojos haciendo chiribitas, la sonrisa bondadosa achiquitándole la mirada, y las *jaynemansfields* travoltando, batiéndose de allá para acá, absolutamente libres, turbadoras, presas de un placentero espasmo, mientras Jean Bar, acorazado en su torre de material plástico, dispara desde la plataforma de su Stéreo Panorámico de Sony: *Tú eres el amor*, del *Amor y Besos*, y la música espacial de Pink Floyd, *Montaña elevada, río profundo*, y Mongo Santamaría, y *Osibisa*, y los *Tres perros nocturno,s* y el *Gran Ferrocarril*, y *El pájaro bañista*, y *Led Zeppelin*, y Tina Turner, y toda la música de la Costa Oeste, y ¡uff, qué calor!, ¿por qué no nos damos una vuelta por la playa?, la brisa del mar, el cosquilleo de un lecho de arena, la luna trepando por la escarpadura de las grutas, ya mismo, espera que termine Stevie Wonder y ya, no hace falta tanto embeleco, bobito, un disco más y seguro, seguro que iremos.

Uno, dos, tres, cinco discos más al hilo, ¿y por qué la playa?, qué tontería, mejor a la habitación directo, sin escala, precioso, con este calorón y tanto bailoteo, peligrosa una angina y nada de fastidiarse las vacaciones, a la pieza pues, dice Marcela. Y él, pero si la cosa es mucho más fácil de lo que yo creía, pero si esto es un caramelo, pero si esto es un regalo de los dioses, pero si esto es una perita en dulce, y entonces, cuarto 223, 2do. piso, ascensor, a mano derecha el primero que se encuentra, Noche oh noche de Marigot me encomiendo a vos, y en el camino, por la galería blanca y abierta, la cosquilla de los huesos, como si un róbalo gigante hubiese picado la carnada recién puesta, co-

mo si surfeara salpicado, salpicando, sobre la más levantada de las olas posibles, como si hubiese descubierto en la profundidad inalcanzable, los jardines del mar, la Atlántida sumergida, una ciudad coralina, un vivero de sirenas, y cada vez más, la progresiva fluencia de los músculos, la engordante dilatación del pene, la presión vascular del glande, y la cargada acumulación del casquete sanguíneo, el calor como de hierro fundido que se irradia por toda la extensión fálica, desde el balano hasta la raíz barbada, por el bajo vientre, por el torso, por las ingles, y la llave que no entra ahora en la cerradura, te la equivocaron nena, y el cuarto blanquísimo y el ventanal abierto y el mar, el acantilado al fondo, y la cama extendida limpia enorme, con sus sábanas perfectamente plegadas, y el cielo estrellado viniéndoseles encima, oh Francois, como para quedarse contemplándolo toda la santa noche, y tengo conmigo un poco de mafafa, me la regaló un amigo en el aeropuerto, ¿qué tal si preparamos un pito?, y él que no, que no le gusta la mafafa, que mejor es el amor natural, espontáneo, sin estímulos artificiales, problemas de generación, chiquita, cada una tiene sus perversiones, su épica, su mística de la autodestrucción, y mejor que te dejes de filosofías impertinentes, ahora, cuando la muchacha espera, que más da, fuma tú si quieres, justo cuando se traban en la mutación de los juegos y los abrazos, y los alientos comienzan a cortarse como silbidos de serpiente, con ruido semejante al de la caída de gruesas gotas de lluvia, como el sonido seco del golpe de la guasdua, como grito de potoquita jabada ahora, ahora como relincho de potranca, como arrullo de paloma después, y se desnudan los cuerpos bajo las miradas propias, y se tiende ella sobre la cama oprimiendo sus senos, sus senos de Jayne Mansfield, uno en contra del otro, fro-tando sus pezones de sargazo, amasando su fécula nutriente, hasta juntarlos casi enteramente, y la penetra, él, por el surco intermamario, dando terribles embestidas, estremecimientos y magulladuras, con su verga de cabo colchado en calabrote, de palo macho de trinquete, de domo de calde-

ra, cual furioso asno salvaje, hasta que la verga logra traspasar el canal y se acerca a la boca anhelante de la muchacha, violetas y anémonas, madreselvas y gajos de cerezas, traqueteando desde el fondo de la sangre, saltan los senos liberados y la lengua, bífida, lame entonces el glande aterciopelado, rotatoria, lasciva, incesante, el miembro todo, desde la cresta hasta los testículos, por nudos, pulimentos y rugosidades, con la destreza de Carol Connors en *Garganta profunda* o el profesionalismo de un pederasta florentino, casi hasta el borde del orgasmo, en el límite del arrebatado de la carne viva.

Insolente, revolcado sobre su desesperación, Francois remolinea también su lengua sobre el cuerpo de la muchacha. Titilaciones ávidas irradian saliva a lo largo de todo el recorrido. Nuca espalda nalgas rodillas muslos corvas simulan una gran estepa mojada, una estepa que emerge del mar con la marea de la aurora, de frente, de lado, boca abajo, hasta que la lengua alcanza la zona oscura y humedecida de la vulva, contráctil, inhalante y expelente con textura de almeja o de esponja alveolada. Allí, entre el clítoris y los grandes labios, siente Francois exudar la Plenitud. Después, fue la penetración total, llena de ráfagas y sonidos, más jadeante, más iracunda, más vertiginosa y Marcela masturbándose con las dos manos, los nudillos dolientes de sus dedos sobre la pelvis masculina, convulsiva en un cerco de ebriedad y libertinaje, de susurros y sollozos, de libaciones y holocaustos, los golpes blandos en el torso, los tirones de cabellos, respirando el agrio olor humano, olor sin sofocos ni discriminaciones, espeso azufre, uvas fermentadas, y los orgasmos en mesetas, súbitos, instantáneos, recurrentes, la risa brotada a borbotones y el llanto letal, acumulado en las sombras de los tiempos, otra vez la risa, otra vez el llanto, y la descarga de la leche cruda, impregnante, viscosa, espesa y astringente, y el grito laureado del amante, afanado en una competencia irreal y desacostumbrada con un fantasma que no estaba en la pieza: *Brassens, Brassens, marico, pa'ti, pa'ti, pa'ti*, y el sueño, la cara de

Francois escondiéndose en la mata de pelo de Marcela, con expresión de fiera satisfecha, y el despertar a media mañana, cuando la muchacha se peinaba ya frente al espejo del tocador fernandino, antes de tomar el desayuno americano, adustos, sin palabras, en silencio.

El resto de la semana transcurrió como exactamente se la hubiera querido programar su agente de viajes de haberle pagado suficiente: cenas con langostas en el *Chez René* o en el *Chez Francine*, ¡qué horrible, Francois, voy a llegar gordísima a Caracas!, mucho vino blanco *Pasquier-Desvignes*, algunas botellas de *Dom Perignon*, cocteles de ron antillanos, piña colada, whiskys dudosos, horriblemente fuertes, bailes en la *Byblos* hasta el tope de la madrugada, paseos en botes, en balandras, en veleros, surfing, pesca submarina, atolones de coral, cómo le temo a los cangrejos de tierra, un partido de cricket en Santa Lucía, un aterrizaje de película en St. Barth's, excursiones a Montserrat, a St. Kitts, a Saba, a Nequia, a St. Eustatius, una apuesta a la ruleta o una ronda de black jack en el casino del *Mullet Bay*, baños desnudos en las playas de la Costa Oriental, una tarde de compras en Phillipsburg, y muchas fotografías, la *Cannon* de Francois disparando y disparando: Marcela en la cubierta del yate de crucero, clic, Marcela contra el fondo de una puesta de sol, clic, Marcela manejando un astrolabio, desnuda en el *Great Bay*, esquiando en *La Samana*, clic, clic, clic, y entre fotografías y paseos, compras y madrugonazos, el amor una vez más, a la luz de la luna, en el trampolín de la piscina del hotel, dentro de la piscina misma, tendidos en la calzada de una aldea de pescadores, en plena playa, sufriendo lo indecible con el hormigueo de la arena, a la entrada de una gruta antiguo refugio de piratas, hundidos en el fondo del bote como cama, por debajo de la línea de la borda, anclados al resguardo del viento de levante, a prudente distancia de la boca de la bahía, en el flanco del acantilado, junto a un tronco cualquiera del cocotal costero o en el altozano de una iglesia baptista, mormona u ortodoxa, enhorquetada,



suspendida por las corvas, sintiéndose Lucrecia Borgia, Mesalina, la Culirroto o Carmen Bolívar, levantada en el aire por los nervudos antebrazos de Francois, hasta la altura de la zona lumbar, con las piernas terciadas alrededor de su cuerpo de tennista, con las caderas puestas sobre penchas, a cuatro patas como perrita, en cuclillas, sentada sobre el trasero, con las rodillas abiertas, como pulpos, tántricos, tranquilos, en una actitud de *dejad que suceda*, convertida toda en vulva, toda pelo, toda espuma y excrecencias, yaciente de espaldas, repantigada sobre felpudos almohadones, bajo las colchas, adormilada, de lado, como enrededadera, como loto, como vela, sentada frente al espejo del tocador fernandino, bañándose en la ducha, cintura con cintura, muslo contra muslo, verticales, invertidos, circulares.

Pero todo lo que comienza debe terminar, lo dijo el viejo estagirita. Y las vacaciones de Marcela, también terminaron. Ahora, esperando en el minúsculo aeropuerto tórrido el vuelo charter que debe traerla de regreso a Caracas, (Francois se quedaba unos días más en la isla, a la espera de otra turista, una haitiana, una canadiense, una gringa de Massachussets, quizás), topa con la pandilla de viajeros venezolanos que regresan, dominantes con sus petrodólares, eufóricos, hablachentos, cargados de bolsas y objetos. Prefiere cerrar los ojos. De nuevo, ve chiribitas. Cree que puede retrotraer el tiempo y se sitúa, justo en el momento de llegar a Marigot. La noche antillana se desgaja en un soplido de aire cálido. El mar arroja fragancias. En el camino del hotel, blanco y abierto, campea el rojo de los flamboyanes, rebrillando bajo las espumas de sal. Es el mismo hotel y la misma noche. Son las mismas fragancias, los mismos flamboyanes. Pero en la recepción no espera Francois. Y el cuento, nunca se volverá a escribir de igual manera.

1979

# EL ANACORETA

*A Antonio García Ponce y  
Soledad Mendoza*

Ganado por las nuevas ideas del cristianismo, presa de una súbita anagogía, al borde de la senectud, el triunviro Trimalción, antiguo patrono de diez ciudades y hombre harto vanidoso, renunció a riquezas y honores para emplearse en el alcance de la Vida Eterna. Quería conocer la Palabra y la Razón iluminadoras, el Logos, la Verdad y el Amor. Aburríanle las lascivas voluptuosidades de la vida carnal, la gula y el despliegue de las generosidades vulgares que dispensaba a su prolífica clientela.

Un día cualquiera, para asombro de los *honestiores* y los *humiliores* que seguíanle por doquier a la espera de prebendas y caldos gordos, se retiró a respirar beatitud en la tranquilidad de sus aposentos. No convocó más las *publicae cenae* que dispensaba a sus adoradores; ni asistió a los juegos, competencias y demás demostraciones ruidosas. Prescindió de la predilección de cortesanas y concubinas y de la amistad de los jóvenes del gimnasio. Hizo destruir sus bustos y mandó a borrar su nombre de los arcos, obeliscos y portales.

Otro día, manumitió a sus esclavos; cambió su túnica de tejido de aire y su empurpurada capa larga por el humilde cobertizo de un muy recosido y casi harapiiento sayo de lana; repartió los miles de millones de sestercios de su peculio, a saco lleno, en la plaza pública, entre los pobres que no poseían ni una mota de tierra para el depósito de sus sepulcros, e hizo llamear su palacio del monte Pincio, to-

do repleto de mármoles de Numidia y Eubea, pórfidos de Egipto, tapices, fuentes, estatutas ecuestres, termas, cabañerizas y jardines.

Todas las personas que lo habían conocido no salían de su asombro.

Cuéntase que, en lo adelante, vivió en una cabaña hecha de tapias y ramajes, en lo más recóndito del Trastíber, imitando la austeridad de los primeros fundadores. Compraba sus aperos con algunos ases que limosneaba en los atrios de los templos y en los puestos de los mercados. A veces, predicaba contra la molicie asiática y el dominio de las bajas pasiones. Por las noches, a la puerta de su choza, contemplaba silencioso las estrellas, oraba, y le pedía a Dios su pronta muerte.

Fuera o no una aberración de la piedad divina, cierto es que Trimalción vivió una eternidad. Tácito dice haberlo conocido, en el siglo II, con una barba longeva. Gentiliano, Atenágoras, Félix Minucio y otros autores de la Decadencia, aseguran que sobrevivió al Imperio.

1979

# CABEZAS CORTADAS

Comenta Collin de Plancy en su *Diccionario Infernal*, (París 1839), citando a M. Salgués y a Plegón, que un soldado-poeta llamado Gublio, muerto en la batalla dada por Antioco a los romanos, degollado, con la cabeza en la mano, se levantó de repente entre el ejército victorioso, y prorrumpió con voz de ultratumba:

*Cesa de despojar así, romano*

*A los que a los infiernos descendieron. . .*

Añadiendo, siempre en versos, el inminente fin del Imperio, porque un pueblo salido de Asia iría a desolar a Europa, con lo que tal vez quería denotar la posible irrupción de los turcos en la tierra de los vencedores. Agrega el propio de Plancy que la versión luce incierta. O mienten los que la refieren, o mintió el muerto, puesto que no se cumplieron sus predicciones. Ciertamente, no fueron los pueblos de Asia, sino los del Norte, los que luego derribaron a Roma.

Aristóteles, por su parte, atestigua que un sacerdote de Júpiter fue decapitado y que separada ya del cuerpo su cabeza señaló al asesino, que fue preso, juzgado y condenado por ese testimonio.

Más cerca de nosotros, Norman Mailer, el novelista norteamericano, escritor de unos cuantos cuentos a pesar de haber manifestado muchas veces su desprecio por el género, pergeñó uno brevísimo. Se titula *Eso* y refiere el caso de unos soldados en el frente de guerra. Atravesaban las

alambradas de púas cuando una ametralladora rompió el fuego. Uno de ellos siguió caminando hasta que vio su cabeza en el suelo. Dios, estoy muerto, dijo la cabeza. Y su cuerpo se derrumbó.

Que yo sepa, tales historias sombrías no eran conocidas por mi madre cuando me narró la que dijo haber presenciado, muchos años atrás, en La Margarita del Llano. Un campesino celoso mató a su mujer. La descabezó de un solo machetazo. Pero, truncada y todo, la cabeza seguía aduciendo alegaciones sobre su fidelidad y protestaba su próxima sepultura. El marido, atormentado, cogió el monte, tierra adentro, y nunca más se supo de él. Fueron tantos los trenos y protestaciones de la difunta que ninguno de los vecinos se atrevió a cumplir la caridad de sepultarla. Los zamuros al fin dieron cuenta del cuerpo despojado. Pero, la cabeza insepulta terminó necrosándose junto a la troje del patio donde cayó a la hora del voleo. Al cabo de los años, permanecía aún con los ojos vivos y abiertos. Cada vez, parecía proponer nuevas probanzas sobre su agraviada inocencia.

Así me lo contó mi madre, hace mucho tiempo; como Norman Mailer, y Aristóteles, y M. Salgués, y Collin de Plancy.

1979



# UN ATRACO SINGULAR

*A Benhur Sánchez, Eutiquio Leal  
Isaías Peña Gutiérrez, en Bogotá.*

Cuando entró al mercado de Coche, Elvira sintió todo el frenesí de los días prenavideños, y al detener la mirada en las intermitencias de las luces de colores ofrecidas en venta por los buhoneros, vivió otra vez su angustia; era ella como una de esas lucecitas; su espíritu se alumbraba, de pronto, ante un impulso soterrado, transformado por una súbita alegría, pero apagábase después, y se quedaba a oscuras, mucho tiempo, como en los días de la infancia, al lado del padre borrachín y de la madre paciente.

Sí, su vida de la infancia era como para no recordarla. Cada noche llegaba el padre tarambana, obnubilado por el aguardiente, a exigirle nuevos y nuevos favores a la madre indefensa. Le exigía comida, amor, nuevos tragos, más amor, y hasta la ligereza de una que otra práctica deshonestas. La madre siempre terminaba aceptando, tan pobre de alma, desvalida, casi boba, pedestre.

Clavándose las uñas empuñadas en las palmas de las manos, al borde del sangramiento, asustadiza, lívida, pensaba impotente: algún día le mataré, liberaré a mi madre, le echaré de la casa, o, quizás mejor, le recluiré en una clínica para dipsómanos, se sanará, haré de él un hombre nuevo, volverá a ser gente y, como en una fábula de final feliz, todos viviremos contentos.

Recordaba los gestos vacilantes del padre. Recordaba su lengua trastocada. Recordaba su lengua lamiendo a la ma-

dre exhausta, de los pies a la cabeza. Recordaba, sin embargo, a la madre, siempre gozosa al final.

Recordaba la botella de ron a medio consumir derramada sobre la mesa del comedor, la comida recalentada una y otra vez, y su odio por la sevicia del padre babeando gula ante unos senos flácidos.

Recordaba el ardor de su sexo virginal, humedecido, latiente, ante la violencia de aquellas escenas, diríase que nunca vistas por ninguna otra niña del mundo.

Recordaba la noche en que su padre intentó violarla; ¿sería, acaso, un intento de violación, o la simple muestra de un cariño paterno?; la noche en que se acercó hasta ella y le palpó los senitos que apenas brotaban, y le acarició el pelo lacio, y le dio un beso repelente en la mejilla. Recordaba su miedo. Sobre todo, su miedo.

Y recordaba otra noche. Aquella en la que apareció Roberto y ella se deslumbró ante su sonrisa de dientes blanquísimos y parejos, ante sus gestos de muchacho temerario, con su carro deportivo 8 caballos en V, descapotable, con rines de magnesio y faros neblineros, cuando, desenfadado, le dijo me gustas y dame tu número de teléfono.

El noviazgo fue de encanto. Uno de esos momentos luminosos en los que ella, trémula lucecita, había brillado y rebrillado ante la gloria de la vida; convertida toda en un inmenso árbol de navidad, lleno de bambalinas, lucerías y pelitriques, llevada desde la sordidez de su apartamento triste, desde el estropicio y el lastre de la pravedad, por senderos de fulgores, hasta el propio centro de una plaza de feria, entre nacimientos vivos, coheterías de placer en lo alto de las nubes, gaitas y villancicos, risas y murmullos, y muchachos patinando como diestros bailarines watusi en la ejecución de una danza guerrera.

Caminó hacia una tiendecita lateral, se entretuvo mirando la vitrina guarnecida y pensó que quería comprar un presente muy bello para Roberto, algún recuerdo para su madre y hasta un regalejo cualquiera para el padre malqueriente.

Un negro alto, de brillo metálico, con suaves inflexiones en la postura y en los gestos, colombiano de la Costa, quizás, la miraba desde cierta distancia. Mientras repasaba con la vista las ollas rutilantes, los artefactos eléctricos y esos *slips* y camisetas Jim, monísimos, en puro algodón, la fibra natural más confortable, que tan bien se verían en el fornido cuerpo de Roberto, sentía que la mirada del negro no se despegaba de sus espaldas. Morosa, íntima, subía a todo lo largo de la columna vertebral, bajaba y subía, se detenía ahora en las nalgas empinadas. Razón tiene Roberto, pensó, no debería ponerme pantalones ajustados. Por si acaso, asió fuerte, contra sí, la cartera.

En el extremo derecho de la exhibición, descubrió, después, algunos regalos insospechados: un bastón con empuñadura de plata, una copa de cristal tallado, una sombrilla Vips, un sombrero Ferquin, una nueva agenda Ascot, el último perfume de Givenchy; cualquiera de esos regalos le agradaría con seguridad a Roberto, siempre tan *snob*, tan dispuesto a ponerse un chaleco húngaro bordado o un bombín de fieltro o un *muguet* en el ojal para llamar la atención de los pasantes, tan dado a saborear su *pink champagne*, su *pato frío*, y sus bombones de menta.

Pero no, no iba a comprar nada ahora. El regalo de Roberto lo escogería más tarde, con más detenimiento; mejor, en alguna tienda elegante del Este. Había salido sólo a caminar, a compenetrarse con el espíritu navideño, curioseando, como quien busca algo, pero sin propornérselo demasiado. Una forma de matar la murria. El fastidio existencial, diría Roberto.

Y vuelta a pensar en el noviazgo, fija frente al escaparate abigarrado, olvidándose del negro cartagenero y su mirada impertinente. No, no compraría nada ahora.

Estaba turbada.

En su mente se agolpaban los recuerdos de los días felices, agasajos y paseos, las flores no compradas en floristerías, sino recogidas al borde de los caminos, las búsquedas de caracoles y conchas de nautilus en playas solitarias;

las andanzas, de tarde, por Sabana Grande, Roberto oliente a *Eau Sauvage*, deteniéndose en la *Suma* para preguntar por el último tomo del *Diario* de Anaïs Nin o la última novela de Mario Puzo o de Anthony Burgess; la estaba en *Il Piccolo*, frente a una taza de té hirviente, descifrando anagramas y palindromas de difícil factura, o la entrada al cine de sesión continuada para ver la misma película de Pasolini, tres veces en un mismo día.

Era aquel un noviazgo etéreo, como un hechizo, frágil y distante, diríase que nada tenía que ver con lo físico.

Algún viernes por la noche iban al *Juan Sebastián Bar* que, entonces, estaba muy de moda. Elvira recuerda el *Virgilio Trío*, al muchacho de la batería, siempre tan galante, y los *playboys* con sus víctimas escogidas al gusto, muchachas de melenas platinadas, chicas de la televisión o de los grupos de teatro o de las portadas de muchas revistas, secretarías ingenuas de alguna empresa mediana, aprovechados, posesivos, sojuzgantes.

Quando Elvira entraba al pequeño vestuario para acicalarse, encontraba siempre a varias de aquellas mujeres, en una atmósfera impregnada de polvos faciales, olor a cosméticos y colonias carísimas, comentando entre ellas, ruidosas, lascivas, tremolantes, los ardores y destrezas de los compañeros de turno, la buena dotación de éste, la habilidad manual de aquel otro, la manía fetichista del de más allá. Entre chanzas y veras, recontaban las estimulaciones clitoridianas recibidas esa noche, los besos dispensados, las fantasías sexuales que abrigaban expectantes.

Horrible. No, no era ese el amor que ella disfrutaba, porque le abría camino al recuerdo del padre zarabando y al odio de tantas noches. Su amor era el de Roberto, sutil, mágico, aproximado por un efluvio de íntima distancia, por preferencias comunes y juegos compartidos, aunque no exento de tenues contactos corporales, pero contactos furtivos, rápidos, administrados con cuidadosa armonía, sin choques ni encontronazos, sin apropiaciones pertinaces, ni atragamientos, ni exigencias perentorias.

Cuando caminaban por la calle y él le extendía la mano sobre el hombro para conducirla, ella se volvía puro hombro, un enorme omoplato, flotante, descarnado, luciente solo, sobre una pradera agreste bajo un cielo limpiísimo, como en un cuadro de Dalí. A veces, bastaba una leve caída de párpados, o el esbozo de una sonrisa, para transmitir un reproche o la aprobación pedida. Y era que, día por día, habían ido construyendo una particularísima manera de comunicación y cortejamiento, una convivencia extraña de rituales secretos, pasiones literarias, frases musicales apenas susurradas, desdoblamientos de personalidad y disociaciones de pensamiento, vagos estados crepusculares, telepatías y fugas de alma y cambiantes pasatiempos.

Avanza un poco. Más allá hay otra vitrina abarrotada de muñecos de felpa. Unos vendedores ambulantes de discos, arremolinados junto a un picot portátil, celebran las estridencias y chistes de una gaita. El negro permanece, impávido, en su mismo lugar.

Claro, después vino el matrimonio y fue el rompimiento del encanto. El vigor de Roberto. Otro Roberto, o el mismo Roberto, quizás, pero dispuesto a cobrar sus tributos. Qué sabía ella de sexualidad sana y de goces corporales y de movimientos estimulantes. Le acompañó como pudo, rígida, pasiva, con las manos agarrotadas, simulando, de pronto, en la hostilidad de la semipenumbra, el agobio de un sueño advenedizo.

Mucho tiempo tuvo que pasar antes de que tomara conciencia plena de su frigidez. Deprimida, sin poder sentir el placer tan glorificado, cerrada a todo, imperturbable, sin rendirse, fingiendo a veces, por Roberto, únicamente por Roberto.

Cómo le gustaría poder entregársele a plenitud, morir y sollozar con él, reír a carcajada batiente, loar y bendecir, darse y recibir con entusiasmo, prodigarse en la descarga, responder apoteósica a cada una de sus palabras desmesuradas, a cada uno de sus actos impulsivos, a cada uno de sus deseos.

Pero no, sólo Dios podía calibrar cuánto había sufrido. Sólo Dios sabía cuánto empeño había puesto en superarse, apoyándose en la voluntad, girando y cambiando, autómata, ante la menor insinuación del consorte, procurando derretirse, exultarse, alcanzar el clímax, para lograr sólo un nuevo fracaso, como si fuera la única persona de la fiesta condenada a comerse el pastel sin nevado, como si fuera un arbusto macho, incapaz de fructificar, como si fuera una culpa ácida royéndole los huesos, como todo eso, ¡coño!, sin poder realizarse.

Y después, el disgusto, los largos insomnios, la desazón en el vientre y el dolor en la punta de los pechos, (tal como si los tuviera demasiado llenos), y la agitación, el sentimiento frustráneo y el desasosiego.

Y a la mañana siguiente, tan pronto se quedaba sola en la casa, las lecturas nerviosas de Master & Johnson y de cuanta novela erótica cayera en sus manos para ver, si de algún modo, aprendía a volverse orgásmica.

Y, a mediodía, con el sopor de la siesta, (las masturbaciones también fracasadas), horas y horas frotándose para, siempre, terminar pensando en cualquier otra cosa.

Y al crepúsculo, la crisis imposterizable, el soponcio amoratado, los disturbios violentos, el llanto histeroide frente al espejo y las palabras anudadas en la garganta, el no sirvo para nada, el soy incompleta, soy una desgraciada, algo anda mal en mí, quiero coserme el sexo, quiero internarme en un convento de carmelitas descalzas, someterme a los suplicios más horribles, morir, morir de una buena vez. Si me atreviera a pedirle dinero a Roberto para visitar una clínica sexual. Si me atreviera a ensayar con otro hombre. Y conste que, con Roberto, lo he practicado todo, todo menos el coito anal.

Y el llanto otra vez, la vitrina de los muñecos convertida en una sola felpa de colores difusos. Curiosamente, no gimoteaba demasiado fuerte. Era el suyo de ahora un llanto tranquilo, hacia adentro, con el puño metido en la boca.



Un llanto que, a pesar de su silencio, lograba sobreponerse a la bulla del derredor.

Su tribulación era tan grande que no alcanzó a percatarse de la proximidad del negro. Ya lo tenía junto a sí, asiéndola fuerte por el brazo izquierdo. Se trata de un atraco, preciosa, y esto que tengo aquí mata, cuando se levantó el pullóver amarillo canario de la universidad de Denver y le mostró la cachea de la pistola, una Sig-201, automática, de grueso calibre para tiros de competición, idéntica a la usada por Roberto en sus prácticas del Polígono.

Compórtate como si nos conociéramos desde siempre, como si fuéramos novios, agregó. Es mucho mejor que colabores, porque entonces no te pasará nada; pero, si por el contrario, te me pones zafada, a pegar lecos y a llamar la atención, viajarás directo a la morgue. Lo dijo con tiránica convicción, envalentonado por el anonadamiento de su víctima.

Elvira lo miró de frente, caídos los párpados, él, como simulando enamoramiento, el rostro todo rezumándole gula y avaricia, una pizca de sonrisa en la expresión, y el negro le acarició la nuca, levantándole el pelo, irisándole la piel, para quitarle de un solo arrebato, el mazo de cadenas, esas que ahora se llevan de a cuatro y de a cinco.

Lento, sin demostrar prisa alguna, paseando sus ojillos tragones por el atractivo cuerpo de la muchacha, entreabriéndole la blusa, palpándole el nacimiento de los senos, sobreseguro de su sangre fría, de su cara dura, más que dura, durísima, a lo Humphrey Bogart de los años cuarenta, de la infalibilidad de sus procedimientos y de su destreza profesional, le abre ahora el bolso colgante, hurgando entre los papeles y los cosméticos y las zarandajas múltiples propias de una cartera de mujer, en busca del dinero, Elvira facilitándole la operación, con ese apresuramiento que delata el nerviosismo, o mejor, el miedo, setecientos bolívares completos, algunos billetes menores, unas cuantas monedas sueltas.

Todo muy natural, perfecta simulación de un encuentro amoroso encubriendo las amenazas reiteradas y las tímidas demandas de clemencia, sin mover la atención de la muchedumbre; sumisa y asustada, presta a todos los excesos, ella; prepotente y resuelto, éstas son mis razones, estos son mis poderes, desposeyéndola de su Vacheron & Constantin, de oro blanco, extraplano, de su aro de compromiso, de su esclava martillada, de sus aretes, de su solitario de brillante, regalo de Roberto en el último onomástico, de sus granates eslavos, de sus topacios brasileños, él; ambos, muy cerca el uno del otro, entendiéndose a medias palabras, a interjecciones y con simples gestos.

Ahora, la despedida y debes darme un beso, un beso bien dado, de mujer queriente. Después del beso, puedes marcharte, sin chillidos ni apatuscos, en sentido opuesto al que traías, y sin decir pío a nadie, le remarca.

Pero no, con el beso, el hombre cambia de deseo. La toma por un brazo y la conduce, como a una meretriz barata, al urinario más próximo, un cuartucho sucio y procaz, a medio iluminar, hediondo a orines rancios y a heces y a desechos que brotaban de los inodoros y se espesaban en el aire, afrentando hasta el estornudo olfatos y lagrimales.

Allí, resbalando sobre el aserrín humedecido, la recuesta contra la pared, y se le encima ávido, vas a gozar un mundo, nena, le asegura, chupándole los senos, acariciando por encima de la tela aquel sexo de fogajes, atizado, chispeante, a punto de combustión, liberando el propio con ánimo de introducirlo, una verga africana, como el sueño de una droga asiática, espantosamente grande, para corroborar el mito; diciendo, a su vez, con susurros porfiantes, bájate los calzones, pronto, colabora, colabora, coño, cada vez con más incoherencia.

Y la aceptación progresiva, un deseo de abrir bien las piernas, de rendirse ante el estímulo, de dejarse hacer, hasta terminar, patiabierta, con el pantalón a media rodilla, accediendo directamente, la boca de él legüeteando contra

su vulva, succionante, explorando las mucosas más recónditas, adentrándose, ahondándose, expandiéndose.

Y después de la mamada, una mamada increíble, semántica y físicamente distinta a cualquier lamida, la verga africana ensanchándole el útero, entrañas adentro, con un movimiento rotatorio prestante, novísimo, hasta entonces desconocido, algo que excluía cualquier posibilidad de indiferencia, y la reciedumbre creciente de las arremetidas, suelo y techo vibrando con los empellones, los bufidos resoplantes acuchillando sus oídos, gemidos y ayes salivosos, hasta la descarga final, contagiosa, afluyente, compartida.

Sin temor, sabiéndose al fin redimida, —lo sentía con una extraña mezcla de júbilo y descreimiento—, permaneció un rato más junto a él, laxa, negándose a pensar, entera y absoluta dentro de aquel abrazo, con un desbordamiento de contentura igual al de una lluvia recia, al de una parranda de navidad, a la plaza bullente de sus sueños.

Repentinamente, confiada de su victoria tan esperada y tan fortuita, al abrir los ojos vio que se habían separado. Ni rastro quedaba de su magnífico bienhechor. Recompuso su atuendo. Con las manos, se alizó el cabello y, resplandeciente, buscó la salida. Sólo, al llegar a su casa, advirtió que, en el bolsillo del *blazer*, traía, de vuelta, el dinero y las prendas.

1979

## INDICE

Pórtico, <i>por Manuel Bermúdez</i> .....	13
El invencionero .....	17
El misterio de Eleusis .....	43
Memoria de una casa de piedra .....	57
Orden incombustible .....	77
Onda nueva .....	87
Llegar a Marigot .....	91
El anacoreta .....	105
Cabezas cortadas .....	111
Un atraco singular .....	115

# EL INVENCIONERO

## DENZIL ROMERO

---

Denzil Romero llegó a la ficción venezolana contemporánea por el camino del silencio y la espera: sólo a los cuarenta años se dejó ver en un primer libro de relatos, *Infundios*, con el que dejaba al descubierto la cabeza de iceberg: lecturas, maduración, seguridad, manejo de la materia narrativa, universo personal.

Los nuevos textos que se recogen ahora en *El Invencionero* confirman las cualidades de una escritura que, entre otras cosas, está distinguida por lo imaginario. Su sabrosa erudición le permite viajar por el pasado y recomponer los presentes en un cruce de fuegos; el regusto por la palabra le hace paladear y anexar con naturalidad sus vocablos; las suculentas digresiones barrocas entroncan sus narraciones con las letras de todos los tiempos. Gracias a esas propiedades los "cuentos" de *El Invencionero* transcurren en parajes de lo vago donde toda realidad se disuelve, según el epígrafe de Stephane Mallarmé.

Denzil Romero nació en Aragua de Barcelona, es profesor y abogado; prepara en este momento una novela. Además de *El Invencionero*, ganador del Premio Municipal de Narrativa 1980, Monte Avila incorporará a su fondo editorial el volumen *Infundios*.

